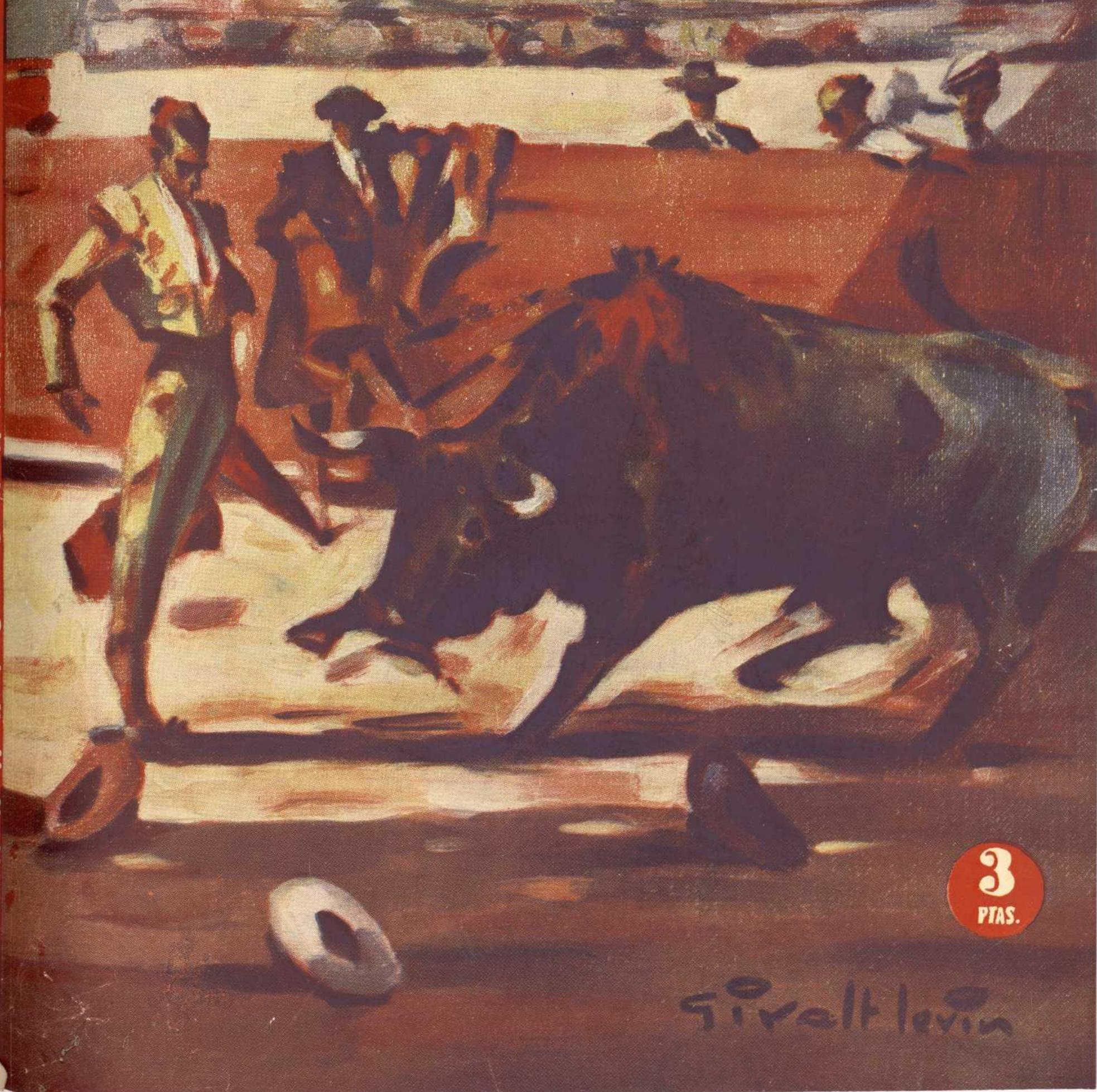


El Ruedo



3
PTAS.

Sivolt Levin



En el taller de reparaciones



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092
Administración: Hermosilla, 73.—Teléfs. 25 61 64-65
Año VI - Madrid, 10 de noviembre de 1949 - N.º 281

El comentario más agudo de la semana taurina ha recaído lógicamente en el incidente promovido en la Plaza Monumental de Lima por el diestro —¿argentino?, ¿peruano?— «Rovira» al agredir durante la lidia a Luis Miguel Dominguín. Carecemos de una información detallada de lo ocurrido para un enjuiciamiento sereno, siquiera ya el hecho mismo de ocurrir merezca una severísima censura. Mas como las versiones que hasta nosotros han llegado discrepan en el toro en que se produjo, y hasta en el lance, nos parece ineludible la consideración de aguardar a conocer la referencia que den los informadores limeños. Al fin y al cabo, y aunque ligado a España por vínculos entrañables de raza, de cultura y de idioma, Perú es otro país que el nuestro; razón que no ha tenido en cuenta, y esto agrava el hecho, el torero agresor, actualmente nacionalizado peruano.

Hay, sin embargo, una coincidencia en los informes hasta ahora recibidos, y es que la agresión de «Rovira» se produjo a renglón seguido de que Luis Miguel le hacía un quite. ¿Cómo fué éste? ¿Advirtió Luis Miguel más claramente, porque en aquel momento no era protagonista de la suerte, el riesgo que podía correr su compañero? Falta, indudablemente, el detalle preciso. Pero acaso no sea aventurado suponerlo, dadas las características que ofrecen los toreros que en el lamentable incidente han intervenido.

Queremos descartar, porque en ese caso no nos interesaría, cualquier otra clase de rivalidad que no sea la puramente taurina. De existir, parecería explicable que hubiera podido ventilarse en otro medio que en el ruedo mismo y en una corrida que, al parecer, iba desarrollándose con éxito para cuantos en ella tomaban parte. Por eso nos inclinamos a pensar, de una manera general, que acaso la cosa se deba a que se halla demasiado olvidada por las generaciones modernas, y por muchos toreros de ahora, la exacta noción del «quite». Y puede que, más que olvidada, hasta desconocida. José María de Cossío define el quite así: «Acción de hacerse apartarse al toro del lugar donde puede haber riesgo de ser cogido alguno. Ejemplo: «Los quites que con ella (la capa) ejecutaba con insignificante celo (Pedro Romero) a todos los lidiadores de a caballo y de a pie, librándoles de los riesgos más decididos y visibles» (José de la Tixería. «Las fiestas de toros»).» Por su parte, don Antonio Fernández Heredia, «Hache», en su «Doctrinal taurómico», se ex-



★ CADA SEMANA ★

LA NOCIÓN OLVIDADA del “QUITE”

presa de esta manera: «Quitar. Hacer el quite. Ejemplo: de los actuales espadas ninguno se atreve a pisar el terreno del peligro para quitar.»

Hoy el quite, como tal quite, ha desaparecido. Venida a menos la suerte de varas y siendo poco frecuente que los toros derriben y pongan en peligro al picador, el quite ha quedado convertido en una serie de lances bien preparados que nada tienen que ver con lo que la esencia del quite representa. De otra parte, como el toreo se ha acertado hasta lo inverosímil, ya no alcanza la estimación que se concedía antes el torero que en la Plaza estaba «bien colocado». «Lidiar» no es sólo ya lo de menos, sino que hasta el vocablo se emplea casi con un sentido despectivo. Y en el lidiar está, no obstante, la raíz del toreo.

Muchos de nuestros lectores recordarán la campaña, injusta, que se sostuvo contra un matador de toros, ya retirado, porque en la ocasión trágica de la cogida y muerte de un compañero —Manuel Granero— se aseguró que no había acudido con diligencia al quite. En una corrida de las de Feria de Sevilla de hace tres años, las protestas de mayor violencia recayeron sobre quienes no acertaron a evitar una de las cogidas más emocionantes que hemos presenciado: la del banderillero Luis Morales, que entonces formaba en la cuadrilla de Pepe Luis Vázquez; y no está demasiado lejana la ocasión —en la temporada anterior en San Sebastián, en una corrida en la que alternaron Luis Miguel Dominguín, Antonio Bienvenida y Rafael Llorente— en que hasta por plumas ilustres, y ajenas a la crítica taurina, se habló de «la resurrección y de la emoción del quite» por la intervención oportuna y felicísima que Luis Miguel y Antonio tuvieron en librar de una cornada inminente a un picador. Quiere decirse que ya «el quite» es la excepción, y entonces, eso de «hacerse apartarse al toro» se llega a mirar con recelo y hasta poco menos que se considera como una humillación, aunque el torero se atreva a pisar el terreno del peligro. Error manifiesto; desconocimiento pleno que lleva a descaminos inferiormente pasionales.

Queremos dar esta interpretación puramente taurina al incidente lamentable de Lima. Otra cualquiera, y cuya referencia exacta esperamos conocer, tendría menores atenuantes.



AYER Y HOY

Recordar..., por Antonio Casero



No todo han de ser las faenas de muleta. Hay momentos bellísimos de la lidia que encienden el entusiasmo de las multitudes. Cuando se torea bien de capa y se remata un quite con gracia. Cuando un toro no le da tiempo a los piqueros ni para colocarse en suerte. Cuando de vez en cuando resurge el magnífico momento de emoción de la estocada

UNA GANADERIA BRAVA EN LA LINEA EQUINOCCIAL

La de Santa Mónica, en Quito, cuyas reses acusan las particularidades de la casta española de Vistahermosa

Placita de tiente de Santa Mónica, situada exactamente en la línea equinoccial

Vaquillas dispuestas para la tiente

EL toro bravo, el animal especializado para la lidia, es un producto netamente español. Aquí, en España, se dió esporádicamente desde las más remotas épocas; aquí se fué afinando, hasta alcanzar el alto grado de selección que actualmente tiene, y aquí se formaron multitud de vacadas, algunas de las cuales, corriendo el tiempo, por la bravura y nobleza de sus productos, por las características externas de sus individuos y otras inconfundibles particularidades, constituyeron famosas razas o castas, de cuyas sangres se derivaron —en mayor o menor grado de pureza— casi todas las ganaderías auténticamente bravas, tanto de la Península como del Extranjero.

La especie del toro bravo, introducida en diversas Repúblicas americanas por los españoles, llegó hasta la Cordillera de los Andes. La savia fresca y bravia de los sementales hispanos —oriundos principalmente de la celebrada casta de Vistahermosa, en sus varias ramificaciones— se derramó generosa por Ultramar, dando vida a magníficas vacadas, que hoy día muchas de ellas en nada tienen que envidiar a las de la Madre Patria.

Sabíamos de acreditadas ganaderías de Méjico, Colombia, Perú, Venezuela, etc. Pero disponíamos de escasa información sobre una vacada ecuatoriana —posiblemente, la única de casta seleccionada en aquella República—, de la que en estos días, por la gentileza de don Luis de Ascásubi, inteligente propietario de la misma, acabamos de recibir algunos detalles.

No entra, sin embargo, en las dimensiones del artículo el estudio a fondo de la ganadería de Santa Mónica; mas si queremos hacer resaltar la esmerada labor realizada por el dueño de aquella, que con entusiasta perseverancia, y por medio del cruzamiento continuo o absorbente, ha logrado en pocos años notables productos, en los cuales vienen reafirmandose con mayor intensidad en cada generación el tipo y caracteres clásicos de los toros de Vistahermosa.

La selección y la alimentación abundante son dos factores importantísimos en la crianza de toda clase de ganados, y mucho más en la del toro de lidia. Pues sin un metódico orien selectivo de reproducción, y sometidos los animales a un régimen alimenticio precario o simplemente de hambre, la ganadería degenera, se empobrece y termina por perder sus específicas aptitudes.

De los datos y fotografías a la vista, referentes a la vacada ecuatoriana de que venimos haciendo mérito, se desprende el tenaz esfuerzo que supone en aquellas lejanas latitudes —aunque el clima resulte propicio— la obtención de toros

Utrero de Santa Mónica con todas las características del toro español de Vistahermosa

Otro toro de tres años, criado excelentemente en los regados prados ecuatorianos

bravos que no difieran —ni por su línea ni por sus condiciones— de sus remotos ascendientes españoles. Prueba innegable de que todo es factible si en el empeño no se regatean, ni voluntad, ni medios, ni caudal, ni afición. ¿Qué no podrían, pues, realizar muchísimos ganaderos indígenas —si tuvieran mayor desinterés y entusiasmo— con la materia prima a la mano y sin las dificultades que se les presentan a los del exterior?

La vacada de Santa Mónica tuvo sus comienzos, hará unos tres lustros, con doscientas vacas ecuatorianas, escogidas por su trapío y nota, descendientes del ganado bravo español, importado principalmente por los conventos de la época colonial, con el objeto de dificultar o imposibilitar el robo de las reses por los indios de la Sierra. A estas hembras se unieron dos becerros, elegidos en tiente, de la ganadería colombiana de Mondoñedo, pura sangre Vistahermosa, y procedentes de Santa Coloma, dando una camada de mestizos francamente superior. Continuado después el cruzamiento durante sucesivas generaciones, y refrescada más tarde la sangre con nuevos sementales puros, fueron saliendo productos cada vez más uniformes, que acusaron la valentía, la co-

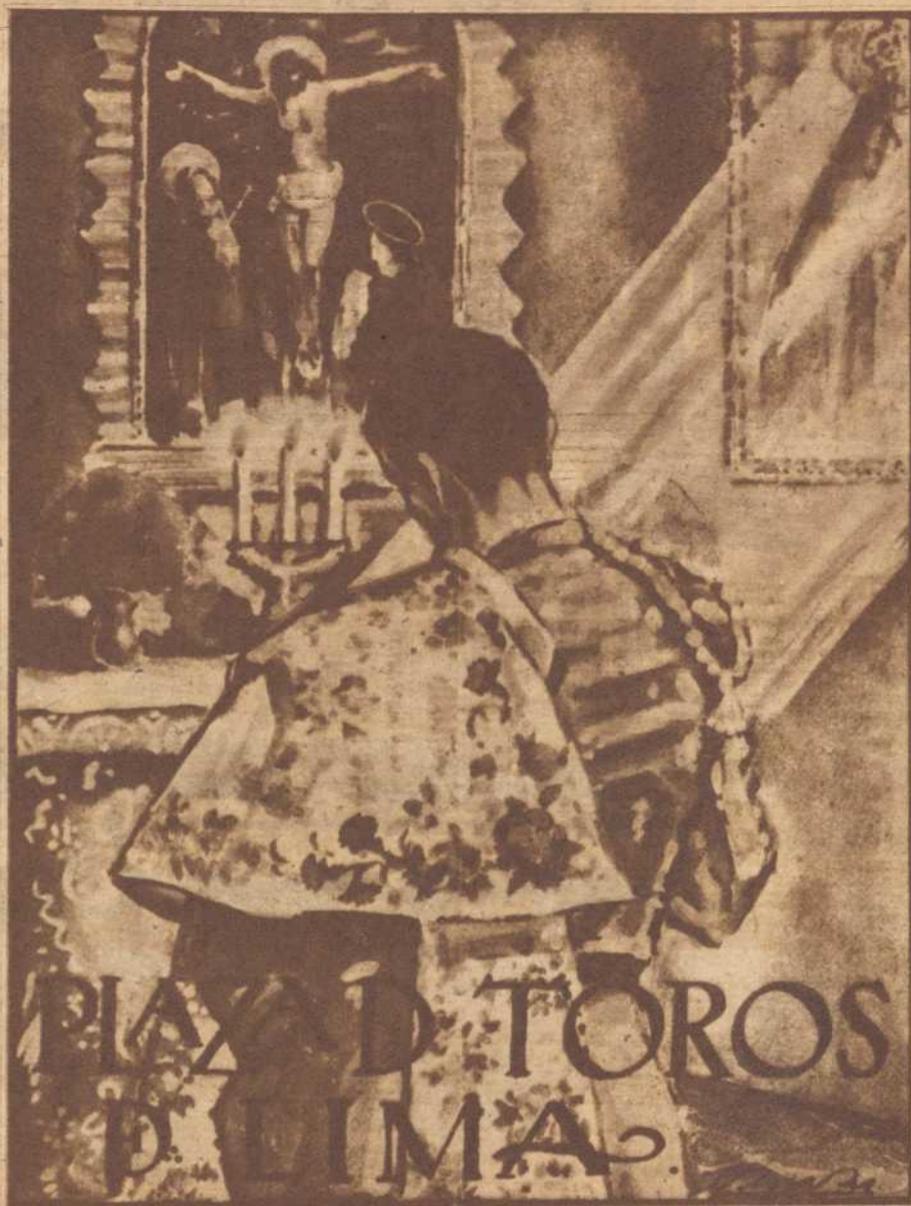
dicia, la nobleza y el trapío de la casta andaluza de Vistahermosa.

Al pie de la misma línea equinoccial, en las fértiles campiñas del "vergel de las Indias" o del "siempre verde Quito", sobrenombres con que bautizaron los conquistadores a Quito por su constante clima primaveral, se desenvuelve la vacada de Santa Mónica, bajo el paternal celo de su dueño, don Luis de Ascásubi.

Toros de Santa Mónica se han jugado —y vienen lidiándose en corridas serias— con resultado extraordinario en las Plazas de Quito, Guayaquil, Bogotá y Lima.

El hierro o marca consiste en una A dentro de un círculo; la divisa es anaranjada y morada, constando actualmente esta creditada ganadería de 170 hembras de vientre, y siendo el pelo de las reses el negro, alguno que otro cárdeno y rara vez el castaño.

CORPORACION NACIONAL DE TURISMO
 FERIA DE OCTUBRE DE 1949



CORRIDA INAUGURAL EXTRAORDINARIA
 (Fuera de Abono)

Domingo 30 de Octubre de 1949 a las 3.30 p.m.

La CORRIDA INAUGURAL DE

Se celebró el domingo día 30 del pasado mes, y se lidiaron toros españoles, cinco de D. Antonio Pérez, de San Fernando, y uno de D. Leopoldo Clairac por Luis Miguel, Alejandro Montani y "Rovira"

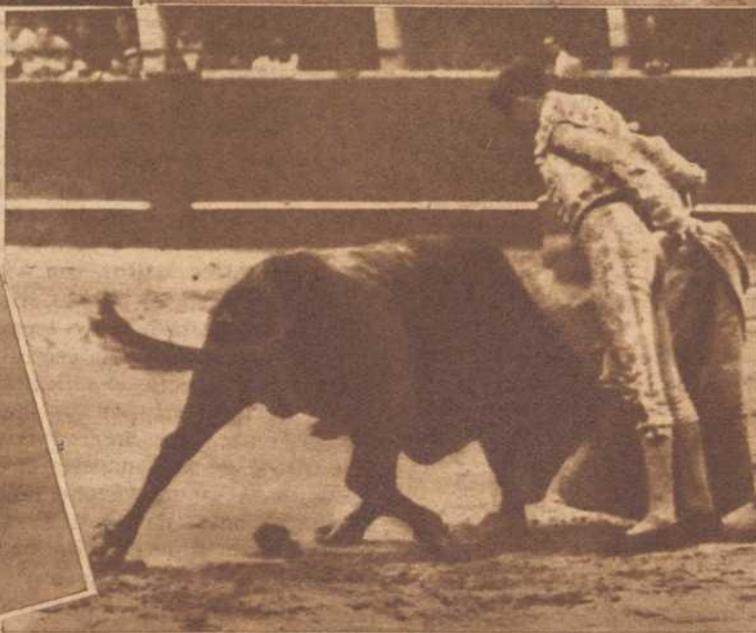


El público ovaciona al embajador de España en el Perú, señor Castiella, a cuya gestión cerca de nuestro Gobierno se debe en gran parte que puedan lidiarse en esta temporada en Lima toros españoles



Cartel anunciador de la corrida inaugural

Un pase en redondo de Luis Miguel



El paseo de las cuadrillas

Luis Miguel en un lance con el capote a la espalda

LA FERIA DE OCTUBRE en la PLAZA MONUMENTAL de LIMA



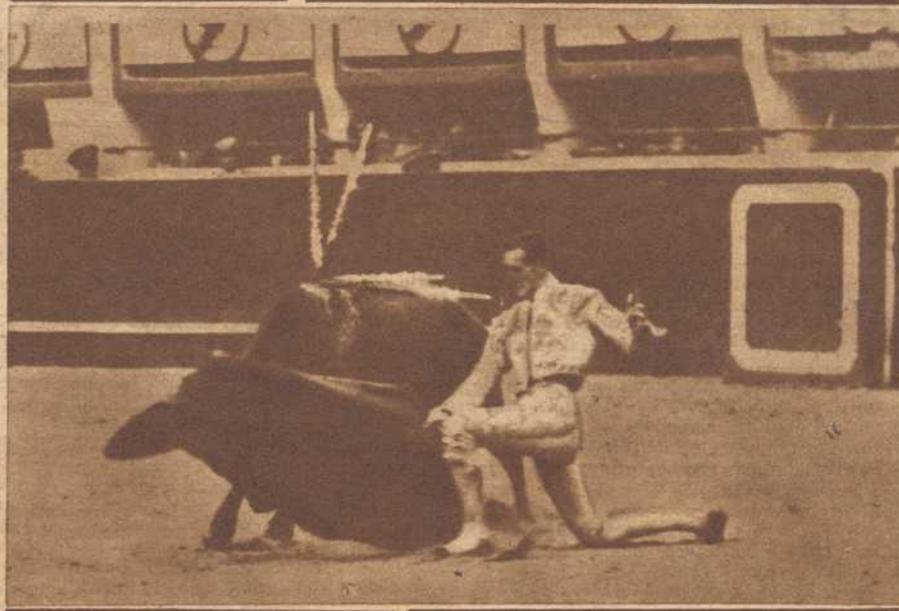
El torero español en un adorno



La señorita Ana María Alvarez Calderón Fernandini, Reina de la Belleza del Perú, presenciando la corrida



«Rovira» en un pase por alto



Otro momento de la faena de «Rovira»



Un natural de Montani (Foto H. Parodi)

INAUGURACION OPACA

Si titula el diario "El Comercio", de Lima, la corrida inaugural de la temporada. De sus "apostillas" reproducimos las siguientes líneas:

"Aunque el público fué a la Plaza con deseos de aplaudir —fueron ovacionados el embajador de España, la Reina de la Belleza de Lima, la Reina del Trabajo, los Coros y Danzas y don Fernando Graña Elizalde—, la tarde transcurrió lenta, aburrida, incolora.

— Algunos de los toros tuvieron bonita estampa. Y todos ellos fueron mansos. Lucieron distinta calidad y cantidad de mansedumbre. Pero todos, transcurrido el primer tercio, se derrumbaron, se aplomaron, se encogieron.

— El toro es factor esencial en el desarrollo del festejo. Pero la figura del torero, aunque no alcance un éxito ruidoso, se perfila, se deja ver, aunque sólo sea en detalles, ante cualquier astado. Luis Miguel nos hizo conocer que tiene auténticos méritos para ocupar el sitio que ocupa dentro de la coiletería ibérica.

— "Rovira" estuvo muy valiente en su primer toro. Su faena al último fué incolora, intrascendente. Por ello, el público aplaudió al rodar el tercer bicho de la tarde. Y por ello, antes de que cayera el último, las gentes abandonaban el coso.

— Montani tuvo una actuación discreta. Puso de manifiesto su voluntad, su deseo de agradar. El público comprendió este gesto y lo aplaudió.

— Luis Miguel vence a los toros y convence a los públicos. Así ha pasado en todas las Plazas de España y, seguramente, así ocurrirá en la de Lima.

Z. M."

"El primer tuerto solicitado"



EL 17 de marzo de 1918 toreo "Joselito" una corrida nuestra en Barcelona. Para el día de su santo, estaba anunciado con toros de Salas.

Siguiendo la costumbre, aguijoneado por aquella afición que no le dejaba sosegar, apenas tomó café el lunes 18, se presentó en la Plaza de Las Arenas para fisgonear el "género" que había en los corrales.

—Qué... ¿todavía está usted aquí?— me dijo, al verme, en el patio de caballos.

—¡Y lo que te rondaré, morena!... Tenemos zhi dentro una novillada, que creo se lidiará el domingo próximo.

—¿Podemos verla?

—Ahora mismito.

Se enteró bien de los seis animales, y desde el primer momento le vi fijarse mucho en uno de ellos.

—¿Cómo se llama éste?

—"Notario".

—Será de buena casta, ¿verdad?

—De la familia que llamamos de las Secretarias, la mejor de todas.

—¡Ya lo sabía yo! ¡Este toro tiene que ser bravísimo!

—El domingo por la noche te lo diré.

—¡No puede fallar! Tipo ibarreño legítimo: finura exagerada, cara de verdugo y un poquito saavedreño de cuerna, por si fuera poco. ¡Lo que daría yo por matarle!

—Pues mira, eso, que se te quite de la imaginación, ya que no es posible.

—¿Por qué?

—Entre otras razones..., ¡porque es tuerto!

—Yo creo que, a pesar del pajazo, ve bastante por el lado izquierdo.

—¡No se te va una!

Por entonces no dijo más, y seguimos de corral en corral, examinando los bichos existentes entonces en ellos. Pero al despedirse me llamó aparte:

—Tengo que pedirle a usted un favor.

—¿Tu dirás, hombre.

—La corrida de mañana está bien presentada, y no creo que haya ni la menor protesta para ningún toro. Sin embargo, como a veces ocurren cosas inexplicables, yo quiero que si alguno de los míos va al corral, usted se las apañe para que no salga el sobrero, y, en su lugar, me suelta usted ese novillo, que me tiene encaprichado.

—¿De ninguna manera!... ¡Pues no eres tú nadie pidiendo!

—¿Qué puede pasar?

—¡Que me metan en presidio!

—¡Ya le sacaremos!

—O que me despida mi señorito... ¡Y no estoy por la labor!

—Quedo al quite. Yo me hago responsable de todo.

—Y de que el novillo no sea devuelto al corral, al ver que es tuerto..., ¿quién responde?

—También yo.

—¿Y si te coge?... ¿Y si sale manso y te trae de cabeza?

—Eso es cuenta mía.

Total, mucho discutir y sin ponernos de acuerdo. El me tapaba todas las salidas, y yo no sabía qué nuevo pretexto sacar a relucir. Me vino a la imaginación aquello de "ni palabra mala, ni obra buena", y acabé por decir que cedía, pues, al fin y a la postre, esto iba a ser como el mentir de las estrellas, ya que había noventa y nueve probabilidades contra una de que no fuese al corral ninguno de los toros anunciados, y, en caso de que eso sucediese, todavía quedaban doble número de probabilidades de que el bicho retirado no correspondiese al lote de José.

Así quedó la cosa. Yo no estaba pesaroso de haber dado la conformidad, pues había visto a "Joselito" marcharse muy contento con mi palabra, que descansaba en una cosa tan problemática, que ya más no podía ser. "En último caso —pensé—, si veo que gritan a alguno de sus toros, me escabullo y me meto donde nadie me vea."

Y llegó la corrida. Ya se habían arrastrado cuatro toros, que habían salido como siempre eran los salas: mansotes, blanduchos, pajunos y docilones. Los toreros iban quedando bien, a poca costa. Ya me restaba un solo cuarto de hora de preocupación, cuando al quinto le da por salir barbeando los tableros a toda velocidad. Rebrinca y cocea al sentir los refilonazos. "Cuco" y "Blanquet" no le consiguen parar, y empieza el escándalo. "Gallito" no siente gran prisa en torear de capa. Cuando lo hace, no intenta recoger al manso, como otras veces. Se muerde los labios, con su mohín de rabia característico. Arrencia la bronca..., ¡y sale el pañuelo verde! Todo, en menos que se cuenta. Yo dije: "¡Abrete, tierra!..." Pero, en vista de que no me tragaba, pensé en huir, idea que entonces deseché al punto, pues la suerte estaba echada, y conmigo y sin mí en la meseta, pasaría lo que tuviera que pasar. Decidí cruzarme de brazos y esperar la llegada de los acontecimientos. En nombre de los cueros, sin duda, apareció un carpintero con una nota, a lápiz, del empresario, diciendo: "Que no salgan los bueyes hasta que esté enchiquerado el número 163, de Martínez, toro que, por equivocación del encargado de los toriles, saldrá a la Plaza en vez del sobrero." Me quedé frío e inmóvil como una estatua, hasta el punto de que el mayoral de la Plaza me dijo:

—¿Qué..., ¿viene usted?

—Allá vamos.

La única esperanza era que el novillo no se dejase apartar; pero falló también; en un minuto quedó enchiquerado. Yo estaba furioso conmigo mismo... "¡En buen "fregao" nos hemos metido! Y todo por estar ayer en los corrales. Si hiciese uno lo que hacen otros, que es andar pintándola por ahí, en vez de pasarse todo el día pendiente de los toros..."

El "Notario" hizo una salida preciosa. Tomó con codicia los primeros capotazos de los peones. Parecía que tenía alas en los pies, y no cogió a "Blanquet" gracias a un salto oportuno. Vi en seguida la cara, alegre esta

vez, de "Joselito", que le toreo superiormente por verónicas, seguidas de un saleroso abaniqueo, y terminando con una media ceñidísima. Las palmas hacían humo. El toro acudía igual por los dos lados, sin que se le notase defecto alguno, no sabiéndolo. "Bueno, pues al corral no va ya —dije para mis adentros—, y del mal, el menos." Tomó cinco varas arrancándose desde muy lejos y demostrando mucho poder, por lo cual no le pegaron con exceso. Ni que decir tiene que "Joselito" se adornó muchísimo en los quites. Uno, gallegando, allí quedó en espera de que alguien lo mejorase. Otro, doble, saltándose por las afueras y rematado por una serpentina, arrancó una ovación estruendosa.

Con las banderillas estuvo inmenso. Para reirse de los que decían que no sabía parrear más que por un lado, puse el primero y tercer pares, por el lado derecho, y el segundo, de dentro afuera, por el izquierdo. Parecía que buscaba los terrenos más difíciles. Y al final tuvo un detalle precioso. Se quedó delante del toro, como haciéndose el distraído, saludando al público, montera en mano. El animal no le quitaba ojo, por lo cual, apenas le cito con la montera, se le arranco como una exhalación, y José le dió un quiebro a cuerpo limpio, que nos puso los pelos de punta. Después, con la muleta, fué ya el disloque. Se puso de rodillas en el centro del ruedo... El toro, que estaba próximo a la barrera, encolado con un peon, se le arrancó desde allí como un expreso de fuerte. El público se levantó de los asientos. Las mujeres gritaban. Sin moverse, le dió un pase ayudado por alto escalofriante. Luego, con una rodilla en tierra, un pase cambiado. Después, tres naturales y uno de pecho superior. Seguidamente, otros tres pases con la derecha en redondo. A continuación, ayudados de kikiriki, molinetes, de rodillas, agarrado al pitón... Con decir una faena grandiosa de "Gallito", basta. Mató de una buena estocada, una chispita desprendida, de efecto fulminante..., ¡y la licura! Le dieron las dos orejas y el rabo. Cuando pasaba por la meseta, dando la vuelta al ruedo, me dijo muy sonriente: "Muchas gracias, amigo."

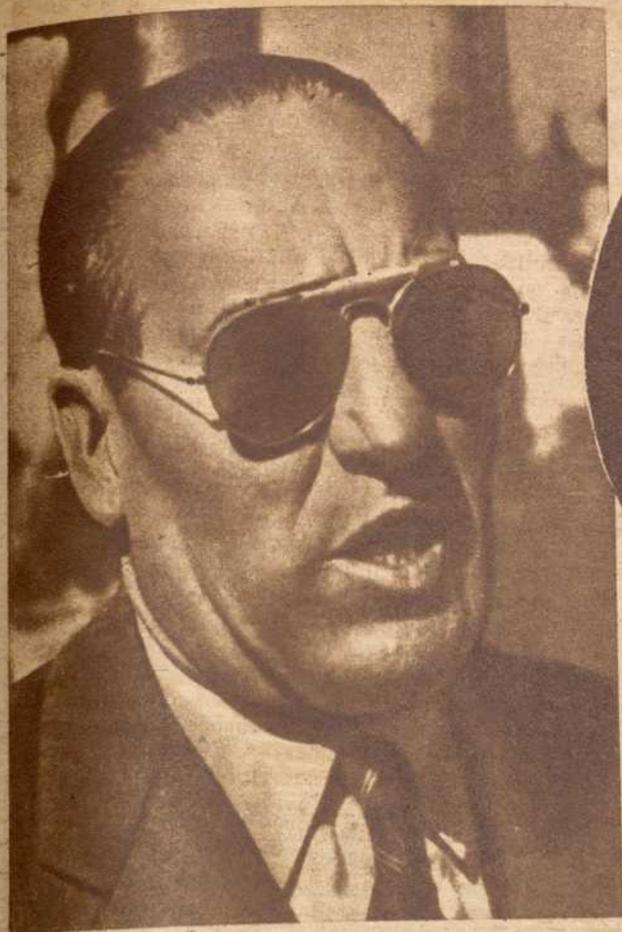
Camino de Telégrafos, iba yo pensando en el gesto de asombro que pondría el señorito cuando se enterase por el parte: primero, que se había descabado la novillada; segundo, que habíamos lidiado un novillo como sobrero en una corrida de toros; tercero, que habiendo algunos útiles, o casi útiles, se escogió para ello el "único bicho que estaba tuerto, y cuarto, que nada menos que a "Gallito" se le había colado el "matute". Respecto a que el toro había sido superiorísimo, no cabía sorpresa, porque lo llevaba escrito en la cara.

A los ocho días del suceso, y una vez lidiada la novillada, que fué bastante buena, me presenté en Colmenar, no sin miedo a ser regañado. Sin embargo, tu padre no me hizo el menor reproche. Únicamente, al ponderarme yo lo bravo que había sido el bicho de marras, me dijo:

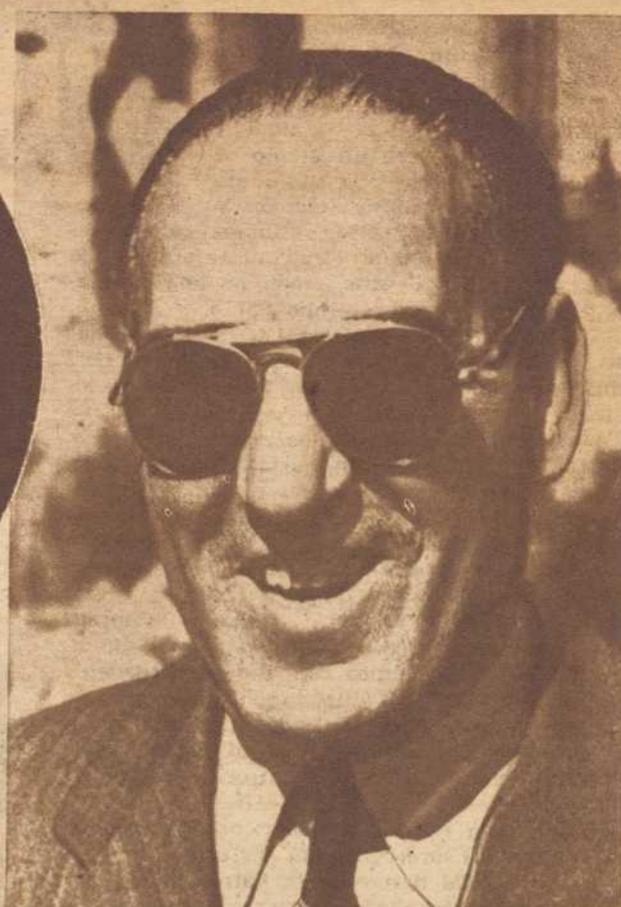
—Hemos jugado con fuego, y esto es peligroso.

Por este detalle comprendí que no le había gustado mucho lo que se tramó entre todos. Pero, como dice don Manuel García, al que le dan, no escoge, y, en la mayoría de las ocasiones, cuando pensamos elegir, no hacemos sino bailar al son que nos tocan...

LUIS FERNANDEZ SALCEDO



"Es el torero el que hace al apoderado", dice el "Andaluz"
Opiniones sobre la Fiesta de un hombre que fué matador y banderillero
Afirma que lo más fácil y cómodo es ser apoderado



ella corté dos orejas a dos de mis toros. No lo olvidaré nunca. Fué un día del Corpus. En Valencia también tuve tardes felices en que corté abundantes apéndices.

—¿Qué es lo más que cobró usted?

—Pues, a decir verdad, 12.000 pesetas. Se dirá que esto, entonces, era mucho más que ahora. Pero la verdad es que, salvo alguna

figura colosal —como las hubo en mi tiempo—, nadie hacía dinero. Yo por eso, en 1929, cuando consideré agotado mi porvenir de matador, decidí entregarme a las banderillas, con las cuales prácticamente saqué mi casa adelante, hasta que mi sobrino, también Manuel Alvarez ("Andaluz") —sólo que en mi, "Andaluz" es apellido, y en él, nombre artístico—, se hizo novillero, bajo mi apoderamiento.

—¿Le produjo mucho dinero este apoderamiento?

—No puedo negar que es en lo que más dinero he obtenido. Tanto, que he decidido seguir siendo apoderado mientras haya por delante un muchacho dispuesto a aceptar mi dirección. Ahora se trata de Jaime Malaver.

Gira la conversación en el marco amigable —semifamiliar— del Gran Briszt, que en las mañanas del otoño y del invierno, humanamente, viene a ser como una íntima Maestranza con techo. Aquí se lidian los mejores toros, se hacen los mejores contratos —aunque se estampen en

otros lugares más oscuros—, se monta la mejor propaganda y se mueve esa cosa extraña y contradictoria que se llama el "cotarro taurino". En torno a nosotros se alinea un cinturón de rostros familiares para la Fiesta: Manolo ("el Vito"), el banderillero Susone; Cabezas, el inteligente mozo que fué de los Belmonte; la insuperable cordialidad de Pepe Rodas, el ir y venir de tanta gente, que ya, hasta abril, se alimentará de noticias, de promesas, de cálculos, de confidencias.

—¿No fué usted nunca a América?

—Sí, señor, tres veces. Primero, en 1919, estuve en Méjico, donde no escapé mal. Volví —esta vez a Venezuela— en la temporada de 1921. Por último, en 1929, toreé en Lima. En total, pueden cifrarse en cuarenta las corridas en que actué en el Continente nuevo.

Ahora, ante un apoderado, nos asalta la necesidad de hacerle una pregunta escabrosa:

—Dígame usted: ¿influye mucho un buen apoderado en la carrera de un torero?

—Ahora se habla mucho de lo que hacen los apoderados. Y aunque me perjudique, por amor a la

verdad, he de decir que lo importante es el torero. El torero hace al apoderado, no el apoderado al torero. Los que presumen de grandes apoderados deben presumir sólo de haber tenido la suerte de topar con toreros de taquilla y de fuerza. A pesar de todo, administrar es más fácil que crear. El apoderado administra y el diestro crea. Y esto es lo importante.

La última pregunta ha llegado:

—¿Cree en la decadencia de la Fiesta?

—Yo, en verdad, no. Para mí no hay más que un grave problema económico, que es el que aleja la gente del ruedo. Si se abarataran las entradas, habría espectadores, como siempre.

Un apretón de mano cierra la charla, amena y grata, de este hombre cordial que es Manuel Alvarez ("Andaluz").

DON CELES

DESDE luego, lo de "carrera taurina" es algo más que una expresión figurada. Pues, realmente, de una carrera se trata, en muchos casos sometida a los rigores y a las fluctuaciones de un escalafón, en las que el hombre va pasando de una a otra categoría de manera fatal e irremisible. Pocos, muy pocos, son los que en el toreo se resignan con ocupar un sólo puesto acorde con sus condiciones: matador, banderillero o mozo de espadas. Lo frecuente es tropezar con gente que ha pasado por todo esto. Y éste es el caso de Manuel Alvarez ("Andaluz"), hoy apoderado, después de haber sido novillero, matador de toros y banderillero.

—¿Qué es lo mejor?—le hemos preguntado.

—Pues mire —nos replica sin titubear—, sería hipócrita si no lo dijera: apoderado. Se habla mucho de que el apoderado tiene sobre sí una gran responsabilidad, que su tarea es abrumadora y que su oficio es ingrato. Pues bien, a pesar de todo, es más ingrato enfrentarse con los toros, por mucha que sea la juventud de uno y por muy sobrado que se ande de valor.

A esto se le llama en mi tierra hablar en plaza. Es proverbial la figura del apoderado, todo pesadumbre y angustia, masticando el habano, en el callejón. Pues bien, a pesar de esto, está en el callejón, como los demás, salvo el torero. Porque es el caso que son muchos los que se mueven y los que viven del cotarro taurino, desde el diestro hasta los empresarios, mozos, peluqueros de toros, representantes, amigos, etc.; pero sólo uno, cuando llega la hora, avanza y se coloca delante del bruto. Los que han pasado por todas las escalas pueden decirlo. Y éste es el caso de Manuel Alvarez ("Andaluz"). El mismo nos habla de su vida.

—Fuí matador desde la temporada de 1915 a la de 1929. Y durante este tiempo he andado rodando, de Plaza en Plaza, allende y aquende el Atlántico, unas veces con suerte y éxito y otras sin estos dos alicientes.

—¿Cuál fué su mejor corrida?

—Una que toreé en Barcelona con "Fortuna", mano a mano. En



NO hace mucho recibí un gran sobre, procedente de tierra cordobesa, que me envió la Junta Rectora del IV Centenario del nacimiento de San Francisco Solano en Montilla. El sobre contenía, con un atento saludo del presidente de dicha Junta, una biografía del Santo, compuesta por Miguel Rodríguez Pantoja, y otra, resumida en apuntes literarios para un guión radiofónico, original de los señores Jaén y Cobos, amén de unas estampas y una medalla del mismo Santo.

En el saludo se me hacía saber que San Francisco Solano, "sol de Montilla y luz del mundo", había sido propuesto para ser Patrón de los toreros.

La piedad y devoción de los toreros es grande, en general. Todos cuelgan medallas de su pecho y todos llevan en sus equipajes estampas de Cristos, Vírgenes y santos de acuerdo con sus particulares devociones, que cuidadosamente colocan en algún lugar preeminente de la habitación en que se alojan. A punto de partir para la Plaza, capote al brazo y montera en mano, el torero reza —todos los toreros— ante el improvisado altar, con ese fervor único con que los verdaderos católicos imploran al Altísimo en los momentos más trascendentales de sus vidas. Después, al llegar a la Plaza, y antes de salir al ruedo, vuelve a orar ante la imagen que patrocina la correspondiente capilla.

Tal conducta religiosa es irreprochable; pero la idea de que los toreros tengan por común un Santo de su especial devoción, un Patrón, me parece mejor todavía. Si ahora se sienten unidos, a la hora crítica de las inquietudes por la misma fe, con un Santo Patrón, al que se encaminara el común fervor, se sentirían solidarios en una verdadera hermandad, como las que agrupan a profesionales de otras diversas actividades.

Y puestos a designar un Patrón para los toreros, repasando biografías de San Francisco Solano, hallamos dos argumentos singulares para su elección: sus milagros, bien probados, frente a toros salvajes y fieros, y su condición de hispanoaméri-

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



San Francisco Solano, Patrono de Montilla y Apóstol del Perú

cano, ya que si nació en Montilla (Córdoba) y en Montilla se forjó su santidad, a América, recorriéndola de una a otra parte, fué a revelarla, y en Lima entregó su alma al Señor.

Cuentan sus biógrafos Rodríguez Pantoja y Jaén y Cobos dos singulares episodios. En el primero,

Solano caminaba con el capitán Andrés García Valdés. Cuando conversaban más sosegadamente vieron venir hacia ellos un toro salvaje. "El capitán —escribe Rodríguez Pantoja— pica espuelas a su caballo y desaparece rápidamente. Mas, tan pronto como se repone de la primera impresión, recuerda las circunstancias en que se ha dejado a su acompañante. Vuelve el rostro hacia el llano, y ¡oh, milagro del Cielo, lo que contempla! La fiera está quieta junto a Francisco. Más aún: está lammiendo sus manos, que cariñosamente le acaricián". En otra ocasión —refieren Jaén y Cobos—, se celebraba una fiesta de toros en San Miguel de Tucumán, y un toro de excepcional bravura consiguió saltar los obstáculos que le separaban de las personas allí congregadas, después de haber dado muerte a varios indios. El toro, en la desenfrenada carrera que emprendió, iba sembrando el terror por el pueblo..." Y explican después cómo San Francisco Solano salió impávido a su encuentro y, alargándole el cordón de su hábito, lo amansó y redujo.

Fray Justo Pérez de Urbel refiere así sus pasos por América: "Su celo apostólico le llevó después, en 1589, al virreinato del Perú, donde su vida fué una cadena continua de peligros y aventuras, de milagros y de heroísmos. Predicó el Evangelio en Lima, en Cuzco, en Cajamarca; atravesó una y otra vez los Andes; recorrió las riberas del Plata, del Salí, del Ureña y del Uruguay, y atravesó el Tucumán en todas direcciones..."

en todas sus necesidades. La Iglesia celebra su día el 24 de julio, fecha en el centro de las temporadas españolas, lo que parece una razón más en favor del Patronazgo de San Francisco Solano.

La iniciativa de la Junta del IV Centenario bien podría hacerla suya el Grupo Taurino del Sindicato Nacional del Espectáculo y transmitiría cariñosamente a las entidades taurinas de allende los mares para que todos los profesionales del toro tengan su Santo Patrón a quien acogerse especialmente en sus momentos más críticos y confiar

ACIERTE EN EL REGALO



Un obsequio es siempre bien recibido, pero resulta más agradable cuanto más práctico y acertado se ha estado en su selección.

Escriba hoy mismo a EMILIO LUSTAU, Apartado 193, Jerez de la Frontera, quien, por mediación del representante o comercio de su localidad más próximo a su domicilio, le entregará un ESTUCHE LUSTAU, franco de portes y embalaje.

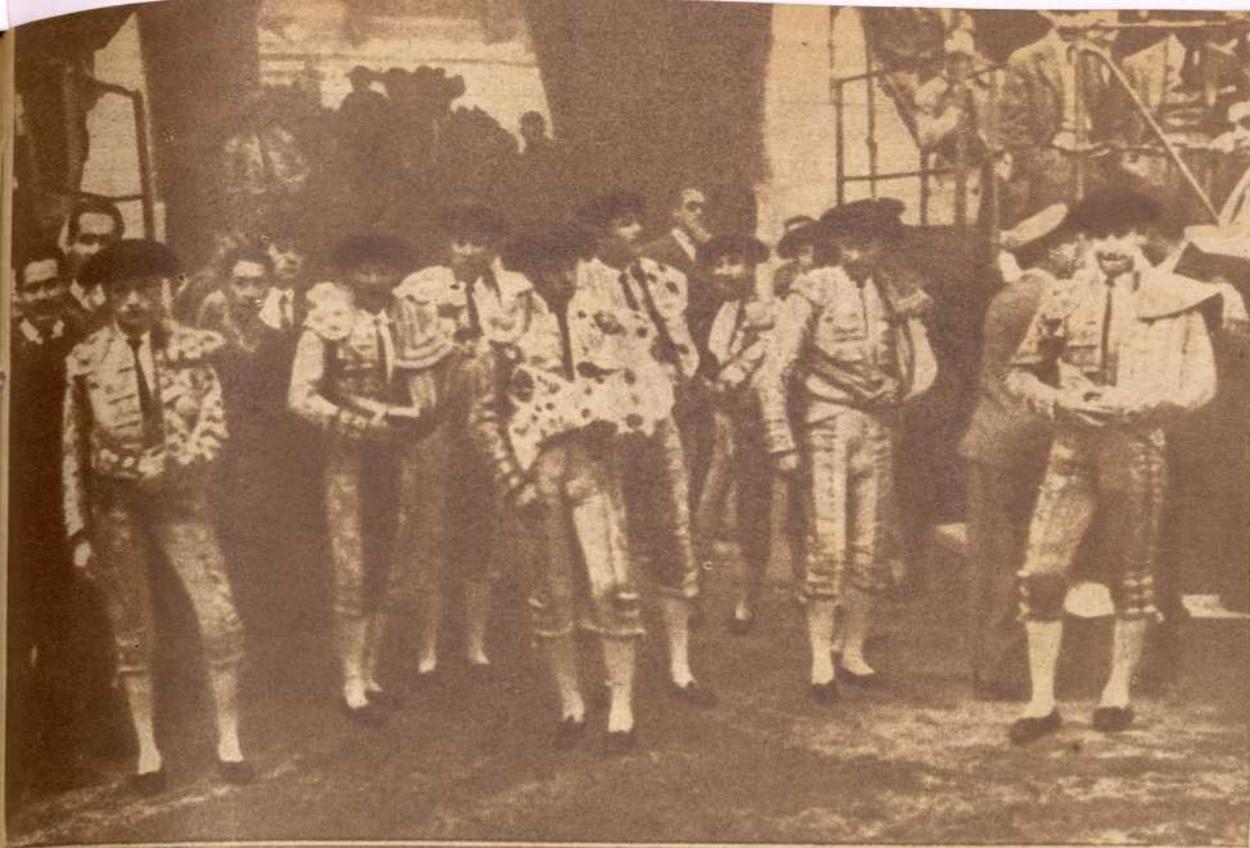


180 PESETAS

EMILIO LUSTAU

JEREZ

LOS TIROLESES, S. A.



«Litri», Vera y Jiménez, dispuestos para hacer el paseo

Un natural de «Litri» mirando al público

La novillada del domingo, día 6, en Barcelona

Cuatro novillos de Flores Tassara, uno de Domecq y otro de Pérez García para Alfredo Jiménez, «Litri» y Enrique Vera

Al festejo asistió el senador norteamericano Mr. Pat MacCarran, que acompañaba a su esposa, y el público les aplaudió



El senador norteamericano Mr. Pat MacCarran, en un palco

Alfredo Jiménez entrando a matar a su primero



Un grupo de concurrentes a la corrida con que fueron obsequiados los novilleros «Minuto» y «Espanero» para celebrar el éxito que consiguieron en el domingo anterior (Fotos Valls)

Enrique Vera lanceando a su primero

LA FIESTA VISTA POR
LOS EXTRANJEROS

ARTURO KAPS

y sus recuerdos

EL ALBUM, LA
PRIMERA CORRI-
DA Y LA PERSO-
NALIDAD

ARTURO Kaps llegó un día a España con un bagaje amable de músicas ligeras y sedas de colorines. Trajo a la escena buen tono, limpia alegría, brillantez. Su espectáculo quedó muy pronto incorporado plenamente a la vida teatral española. Se prendó nuestro público de la simpatía y del entusiasmo de Arturo Kaps. Este, a su vez, fué ganado por la cordialidad de España.

Hoy, al cabo de unos años, Arturo Kaps vive entre nosotros, casi españolizado ya. Tiene, en los alrededores de Barcelona, una casa bella y alegre, frente al paisaje verde y ocre del Tibidabo. Allí charlamos, un mediodía, mientras tres ferros juegan por la terraza. Casi juntos, un eucalipto y un limonero.

Desde la terraza se desciende por unos escalones a las estancias bajas de la vivienda. Libros, cuadros, grabados. Y un bar muy de revista, con movable mostrador iluminado, frente a una chimenea pequeña. Muñecos, objetos caprichosos, chucherías. Entre todo ello, un muñeco de trapo que representa al torero Arruza. También una foto de este mismo diestro, dedicada. Sobre una mesa breve, un álbum, en cuya cubierta, de piel oscura, se lee en letras de oro: "Córdoba tuvo un torero." Es éste el título de un pasodoble que hicieron Arturo Kaps y Augusto Algueró.

—¿Le gustan los toros, querido Kaps?

—Sí. Y voy bastante a la Fiesta. Claro es que no la entiendo como la pueden entender ustedes, los españoles. Pero tengo, desde luego, mucha afición.

—¿Recuerda cómo empezó ésta?

—Sí. Fué en Barcelona. Al teatro en que trabajaba mi compañía iba, a veces, un muchacho joven, delgado, silencioso. Pregunté un día quién era. "Es un torero", me dijo alguien. Así conocí a "Manolete", antes de haber ido a ninguna corrida. El mismo me invitó a verle torear. Y ésa fué la primera vez que estuve en los toros.

—¿Recuerda el cartel de aquella corrida?

—Torearon "Manolete", Arruza y "Rafaelillo". "Manolete" me llevó al callejón. "Desde aquí verá usted todo muy bien", me dijo. "Y si salta el toro, se mete aquí", añadió, señalándome un burladero del callejón.

—¿Y vió usted la corrida desde allí?

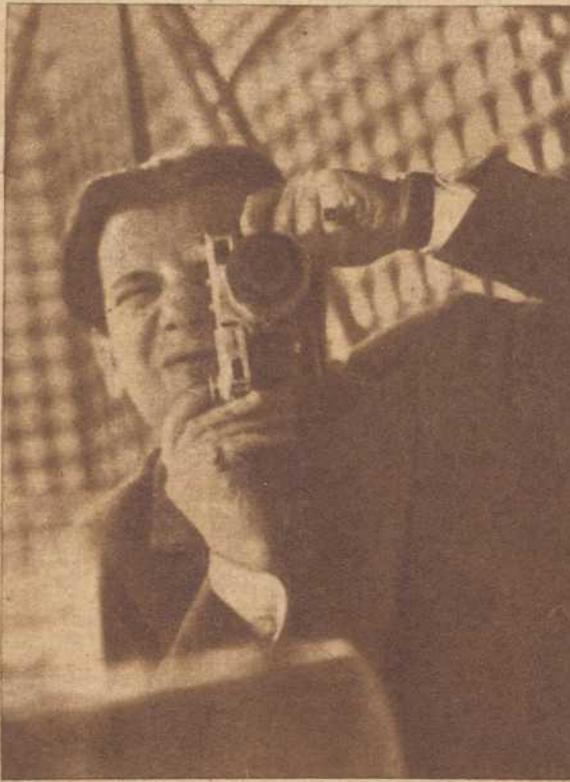
—No. Tuve miedo. Me subí en seguida al tendido: lo más alto que pude.

—¿Le gustó el espectáculo?

—Sí. Fué una gran tarde de toros. Es la corrida que mejor recuerdo. Quizá también porque fué la primera, y la impresión había, por tanto, de ser más fuerte. Luego, claro, se acostumbra uno.

Mientras habla Arturo Kaps, este gran realizador escénico, hojea el álbum. Contiene éste numerosas fotografías de "Manolete", originales o recortadas de periódicos. En dos de esas fotografías, el diestro aparece con Kaps en el ruedo de una Plaza de Toros. Hay otras escenas de la muerte. Y el toro de la cogida, "Islero".

—Este maldito toro...— comenta Kaps.



Arturo Kaps es un extraordinario aficionado a la fotografía (Foto José Montero Alonso)



Arturo Kaps (Foto José Montero Alonso)

En una hoja del álbum está el cartel del debut de "Manolete" en Madrid. En otra página, el cartel anterior de la presentación en la Plaza humilde de Tetuán.

Kaps hojea el álbum, mira y remira las fotografías, queda un largo rato en silencio.

—Triste, triste...— dice una y otra vez.

—¿Fué usted muy amigo de él?

—Sí. Le estimé profunda y sinceramente. Y no sólo por su extraordinaria condición artística, sino por sus magníficas prendas personales.

—¿Otros amigos en el toreo?

—Arruza también es excelente amigo mío. Recuerdo que una vez les arreglé en las diferencias que entre sí tuvieron.

—¿Qué momento de la Fiesta le gusta a usted más?

—La muleta. El último tercio, ¿no se dice así?

—¿Y qué toreros le han interesado más?

—Aquellos dos: "Manolete" y Arruza. "Manolete" era clásico: sereno, serio, reposado, estatuario. Arruza era espectacular, alegre y movido. Naturalmente, estas preferencias más no quieren decir que no haya otros toreros que estén bien. Pero es que yo no los entiendo todavía, no he llegado a entenderlos.

—¿Ha visto usted alguna cogida?

—Sí. Una de "Manolete".

De una u otra forma, con este o aquel motivo, el recuerdo del diestro cordobés asoma continuamente a la palabra de Arturo Kaps.

—¿Qué rasgo prefiere usted en el toreo, en el lidiador?

—La personalidad. Ese "no sé qué"— fuerte, acusado, de difícil definición— que hace en seguida destacar a un torero. Yo veo esta personalidad en alguno de los novilleros de hoy. Y eso es lo que "Manolete" tenía: aun en su tarde más desafortunada mostraba siempre reflejos de aquella personalidad, de aquella manera inconfundible, tan suya.

No se va del pensamiento de este excelente amigo de España el recuerdo del torero muerto. Arturo Kaps repasa de nuevo las hojas del álbum. Contempla en silencio el rostro del amigo caído en una Plaza andaluza.

—Triste, muy triste...

JOSE MONTERO ALONSO

(Fotos J. M. A.)

Durante su reciente estancia en Madrid de Arruza, visitó a sus amigos Kaps y Johan, junto a los cuales se le ve en esta fotografía (Foto Beaumud)

Lo más saliente de la vida de don Miguel I de Portugal es una serie continuada de episodios burlescos. Al mismo tiempo fué el más popular de los reyes lusos por su afición a las corridas de toros, llegando a practicar el toreo a caballo en Plazas cerradas, y utilizó, en encierros y en campo abierto, el "pampilho", garrocha portuguesa, más corta y menos pesada que la española.

También es verdad que no salió muy bien parado de algunas de sus bromas, por no tener en cuenta el bromeado su jerarquía. Mas no por eso dejó de ser un gran "brincalhõ".

Hijo tercero del rey don Juan VI de Portugal y de una hermana del monarca español Fernando VII, doña Carlota Joaquina, nada tiene de extraño que sacara muchas cualidades del rey "malo".

Según cita en la "Historia das toiradas" Eduardo de Noronha, siendo príncipe gastó una broma en un besalamano celebrado con motivo del aniversario de su augusto padre y cuando estaba reunida toda la Corte en un salón bajo del palacio de Salvatierra de Magos, Simplificado, dice así:

"Resplandecían los dorados metales de los uniformes militares y las alhajas de las más enropetadas damas; los bordados de los entorchados, bandas, medallas y vestidos de gran gala estaban en lucha de superación.

Cuando mayor era el número de palaciegos y más ansiadamente esperaban la llegada del rey, sonaron los goznes de una de las puertas, por lo que toda la asistencia inclinó la cabeza esperando que anunciase al monarca, sintiendo extrañados un ruido impropio del sitio. Todos quedaron suspensos y atemorizados; los más audaces levantaron la cabeza, quedando petrificados.

Lo que estaba en la puerta era... un toro. El animal, negro, grande y bien armado, quedó sorprendido del espectáculo que se le ofrecía. La luz, los vestuarios deslumbrantes y la masa humana lo dejaron atónito.

Los circunstantes retrocedieron ante aquella mole; mas pronto se rehicieron. Los militares desenvainaron las espadas y resolvieron hacer frente al enemigo; los magistrados se levantaron las togas para desembarazarse las piernas; las señoras se desmayaron, soltando gritos de angustia que constituían una original sinfonia de terror; los cortesanos buscaban la forma de salvarse. La mayoría quiso abrir las puertas, mas... estaban cerradas.

Poco duró la indecisión del toro. Por detrás de él apareció el semblante zumbón de don Miguel. Un aguijonazo aplicado en sitio propio obligó a la fiera a dar un par de coces y arremeter contra la "pintarrajeada" barrera, aunque no tenía espacio para humillar y derrotar; limitábase a dar con el hocico en los brazos de las señoras y en los bordados de los magnates. La fantasía, el miedo y el peligro tomaban proporciones asombrosas. Algunas mujeres, olvidándose del recato, levantaban las faldas en proporciones que en cualquier ocasión menos comprometida las hubiera hecho morir de vergüenza. Los altos peinados balanceábanse grotescamente.

Fué general la huida. Las vidrieras saltaron hechas añicos; partieron las molduras de las puertas, y la gente encontró, por fin, una salida.

Campinos y cabestros andaban, por orden de don Juan VI, por la parte de fuera para recoger al bruto. Don Miguel se divertía grandemente con otros muchachos de su edad, aun con la reprimenda de su soberano padre, por el pánico que estalló entre la Corte; la reina Carlota Joaquina reía convulsivamente del terror de sus vasallos.

Se deduce claramente de la descripción que el toro era manso; de lo contrario, no hubiera sido necesario que lo aguijonearan, y hubiera causado más muertos que en el incendio de un teatro.

En los encierros del ganado que se lidiaría al día siguiente, don Miguel, acompañado de nobles y plebeyos, hostigaba e incitaba a los toros, llevándolos en loca carrera, entre nubes de polvo, para que se cortaran y desmandaran por la ciudad.

Gozaba, era cuando se encontraba en su elemento, al ver por calles, plazas y plazuelas los sustos, revolcones y cogidas que los pacíficos y

descuidados transeúntes sufrían.

Otra broma, de la que no salió muy bien parado, fué ésta: después de la "brilada", por la que fué destituido su padre y él destituido de todos los cargos, marchó a Francia, Hungría y Austria. En París se enamoró de la cajera de un establecimiento, y como estaba acostumbrado a hacer su santa voluntad, quiso avasallar a la beldad en el preciso momento en que aparecía su amante, que le dió tan "buenas razones", que tuvo que guardar cama varios días.

En el Brasil, durante su exilio, entreteniase con una larga varita en abollar y tirar el sombrero a los que acertaban a pasar cerca de él. Pasó un minero, que no gustó de la diversión del príncipe, y le dió también "para ir pasando" el exilio. El recompensó al obrero con una moneda de oro; pero el bromeado creyó prudente poner tierra por medio por... si las moscas.

Existen dos hechos más, que fácilmente pueden confundirse por tener ambos el mismo escenario:



Los toros en el EXTRANJERO

Un rey torero y "BRINCALHON"

pero como hemos estudiado al personaje genealógica y moralmente, se desprende que son dos de los muchos casos que constituyeron su diaria diversión.

Precisamente el mismo día que fué cogido de muerte "Maoliyo el Espartero", salió en Madrid a la luz pública el número 10 del semanario "La Lidia" —segunda época—, donde, en un artículo que don José Sánchez de Neira substitula de histórico, relata uno de ellos, que debió ser recogido verbalmente, pues dice:

"Cuentan los que lo vieron, y de ellos viven aún más de dos, que un día del mes de mayo de 1829 se encaminó el rey don Miguel, acompañado de dos toreros españoles, Sebastián García y Pedro Rodríguez, "Almanegra", a quien siempre distinguió como verdadero amigo, y de otra servidumbre, a un convento próximo a Lisboa, en cuyo gran patio había sido preparado un circo cerrado para que Su Majestad luciese su habilidad.

Farpeado un toro por don Miguel, fué retirado, soltándose un segundo, grande y de poder, que puso en fuga a los lidiadores. El rey también se puso fuera del alcance del morlaco por consejo de "Almanegra", hasta que ellos lo aplomaron a capotazos. Mas ocurriosele a Su Majestad que "más domada y rendida" quedaría la res con una "pega", para lo cual invitó a los presentes (como invitan los reyes) a que la hicieran, visto que allí no había "forçados" que la realizaran. ¡La que se armó!

Amonestó el padre prior a "Almanegra", diciéndole que bien apropiado y merecido tenía el apodo, contestándole éste que "en las lidias de toros el arte era lo primero".

—¿Qué tiene que ver el arte —repitió el padre prior— con tu quietud al ver zarandeado, recogido y arrastrado al lego Moreira?

—¡Vaya si tiene que ver! —dijo "Almanegra"—. Como que lo "recomendao" es que cuando un "primerizo" sea cogido se le deje en el suelo para que aprenda. Seguramente Moreira y los demás pegadores saben de toros más que su paternidad.

Y termina que, al retirarse el rey, fué despedido con el ceremonial de costumbre por la comunidad, aunque ésta reflexionase sobre los sentimientos caritativos de un monarca que más de una vez hizo gritar en las guerras a sus secuaces: "¡Viva la religión!"

La otra referencia, muy igual en el escenario, es publicada por Eduardo de Noronha en la "Historia das toiradas" en 1901, y dice: que "el 16 de octubre de 1852" —o sea veintidós años después de la fecha que da don José Sánchez de Neira en "La Lidia"— partió don Miguel para Oporto, después del malogrado asalto a la ciudad por las tropas absolutistas a las órdenes del general Gaspar Texeira. A la mitad del camino albergóse en un convento de los más ricos de la Extremadura portuguesa, cuya congregación era célebre por sus sentimientos realistas. Los monjes recibieron al rey con suntuosa hospitalidad, y como pastaban en sus inmediaciones "innúmeras manadas de ganado bravo", el rey no resistió a la tentación de correr algunos de ellos, por lo que fué preparado el claustro convenientemente, asistiendo todos contentísimos a las proezas que don Miguel realizó con los dichos desde las celdas y barandas del patio. Cuando se cansó, hizo una señal a uno de sus fámulos, que corrió a decir que sería grato a Su Majestad que la comunidad le presentase sus respetos en don se desarrolló la lidia. Cuando estaban todos los congregados a su alrededor, saltaron, por orden del "gracioso" monarca, un toro, que arremetió contra todos, haciendo el zafarrancho que es de suponer; mas uno de los padres, obligado o voluntariamente, cayó encima de la cabeza del bicho, y ayudado entonces por los demás, realizaron una "pega" admirable, dominando así a la fiera.

Esta fué su última hazaña, pues poco tiempo después, desprovisto nuevamente de su alta jerarquía, salía para el exilio.

A. MARTIN MAQUEDA

MUY EN BREVE:

Extraordinario
de «EL RUEDO»

La mejor revista taurina. Con el
resumen del segundo semestre de
la temporada



«Gitanillo de Triana» en la Plaza de Toros de la Isla de San Fernando, escenario de sus primeros triunfos

Adiós, torero nuevo,
Triana y Sevilla,
que a Sanlúcar me llevo
tu seguidilla.

GERARDO DIEGO

II

... Y a la dehesa del Prado, a la finca de don Antonio Flores, fué Curro Vega. Era el 22 de abril de 1924. En plena feria sevillana. Con el ganadero estaban Juan Belmonte, Antonio Cañero, «Angelillo de Triana», los banderilleros Mesita, «El Sargento» y Guerrilla, don Leopoldo Matos y don Fernando Gillis, dos aficionados de calidad, y Domingo Ruiz. El futuro «Gitanillo de Triana» estuvo colosal. A la vaca que le echaron la toré con tanto arte y tanta gracia que se metió en el bolsillo al «tribunal».

—Sí, señor —decía Juan Belmonte—; ahí hay un torero de... una vez.
—Que sabe lo suyo con el capote.
—Lo dicho... ¡Sobresaliente!
De regreso a Sevilla, por el camino, Juan recordaba sus primeros tiempos, cuando él también pasaba por esos exámenes, y los «entendidos» sentenciaban, con aire de suficiencia:
—No está mal... Pero ¡codillea un poco!

La intuición de Curro Vega

A Domingo Ruiz le convenció plenamente el torero del gitano. De aquel muchachito delgado como un junquillo y verdinegro como los héroes de los poemas de García Lorca, podía salir un gran torero. Su misma indolencia —esa dejadez innata entre los «calés»— podía ser la nota personalísima de su arte. Porque «lo demás» —el sentido del torero— lo llevaba dentro «Gitanillo». No lo había aprendido, porque había ido muy pocas veces a los toros. Había nacido torero, como había nacido gitano.

Prometió aquél ayudar a Curro. Este, a su vez, ofreció obediencia.

—Yo hago —decía Curro— lo que usted quie-



Dos momentos de la presentación de Curro Vega en la Plaza de Toros de la Real Maestranza, de Sevilla, el 15 de agosto de 1925. Aparece el torero en el instante de brindar la muerte de uno de sus novillos, y recorriendo el ruedo, para corresponder a los aplausos del público

ra, don Domingo. Pero... a ver si me saca usted pronto.

—No hay que precipitarse, hombre. Que todo se andará.

Y se anduvo. Domingo Ruiz hizo gestiones entre sus numerosas amistades, y logró un hueco para «Gitanillo» en el cartel de una novillada que iba a celebrarse en San Fernando.

Curro Vega no cabía en sí de gozo. «Angelillo de Triana» y «El Sargento» se encargaban de animarle.

—¡Tú eres de los que llegan!
—¡Sí el que está arriba quiere!

Porque «Gitanillo», como trianero cabal, era un buen creyente. Desde chico profesaba sincera de-

voción al «Cachorro» y a la Virgen de la Esperanza. Para él, el Cristo de la Expiración era eso: «El que está arriba».

El primer traje de luces

La novillada sin picadores, con ganado de don Félix Gómez, de El Bosque, y con «El Cádiz» como compañero de cartel de «Gitanillo», se anunció para el 18 de mayo. Es decir, antes de que se cumpliera un mes del «examen» de Curro Vega en la dehesa del Prado. El gitano fué, con sus amigos, a casa de Manfredo para alquilar el traje de torero.

—¿Cuál te gusta más?—le dijo el popular Antofito.

—¡Cualquiera!

—¿Este?

—Bueno es... Para empezar no está mal. Antes de tres meses

vendré con la «telas» para hacerme uno nuevo.
—Tú... no necesitas eso. Cuando quieras lo tienes, y... ya está. Después o pagas como puedas. Yo no voy a darte prisa.
—¡Gracias!

Bautismo de sangre

No tuvo mucha suerte «Gitanillo» en aquella primera salida. Porque si bien demostró al «respetable» la profunda verdad de su arte, sufrió una cogida que, si no fué de graves consecuencias, le obligó a permanecer en cama dos semanas. Tan pronto como la herida de la pierna cerró, mostró el gitano deseos de volver al ruedo. No tardó en ver realizados sus propósitos. Porque el 15 de junio estaba, otra vez, haciendo el paseillo en la misma Plaza de la Isla, acompañado en esta ocasión de Manuel Muñoz (el Chiclanero). El ganado, de don Félix Gómez, también dió buen juego y Curro Vega no sólo confirmó la buena clase apuntada un mes antes, sino que obtuvo un franco éxito. Los felices augurios de sus amigos comenzaban a cumplirse.

«Dicen que toreó como Juan»

Aquel triunfo en San Fernando abrió a «Gitanillo» las puertas de la Fiesta. Y así durante el vera-



«... de aquel muchachito, delgado como un junquillo y verdinegro, como los héroes de los poemas de García Lorca, podía salir —y saldría— un gran torero». (De la colección fotográfica de Francisco F. Arranz)

a su nombre de guerra el apellido de su barrio. Mientras «Gitanillo» daba estos primeros pasos por el difícil camino de la Fiesta, en su casa no había, como es lógico, unanimidad al juzgar la profesión elegida por Curro. Su padre —un hombre celoso de sí mismo, orgulloso de su propio esfuerzo— se sentía sumamente satisfecho de Curro. Sus hermanos —Manolo, Pepe, Antonio y Rafael—, también. En cambio, su madre y sus hermanas, Pastora y Manolita, no querían oír hablar de los éxitos de Curro.

—Un día —decía la madre llorando— me lo van a matar por ahí.

—No hay que pensar en eso, mujer—interventa el padre.

Pero no había forma de convencerla.

Presentación en la Maestranza

La temporada de 1925 se presentaba para «Gitanillo» como decisiva. Llegaba la hora de revalidar ante públicos más competentes su fama. En otras palabras, había que vestirse de torero en la Maestranza para después, si Dios «daba suerte», hacer el paseillo en Madrid.

Tenia prisa Curro por verse en el ruedo del Baratillo, pero... la ocasión se demoró hasta bien entrado el verano; concretamente, hasta el 15 de agosto, festividad mariana auténticamente sevillana.

Los novillos escogidos fueron de Molina, procedentes de Urcola, y no ofrecieron grandes dificultades para la terna de matadores, formada por «Gitanillo», Andrés Mérida y Joaquín Rodríguez («Cagancho»).

El éxito de «Gitanillo» fué completo. Toreó de capa, con lentitud impresionante —parece, diría después un cronista, que se para el reloj, se para el corazón y se suspende el tiempo— e hizo un quite que armó el escándalo. Con la muleta estuvo también tan artista, que a pesar de entrar a matar varias veces, consiguió la oreja de uno de sus enemigos.

Ahora todo resultaría mucho más fácil.

FRANCISCO NARBONA

DE LA FRAGUA A LA GLORIA TAURINA

FRANCISCO VEGA DE LOS REYES

EL TORERO GITANO



Sevilla 15 agosto 1925. DoBit

no, bien guiado por la mano experta de Domingo Ruiz, toreó algunas novilladas en Plazas de más o menos cartel de la Baja Andalucía. En las tertulias taurinas sevillanas iba, mientras tanto, forjándose la fama del joven maestro.

—Dicen que toreó como Juan—decía un aficionado.

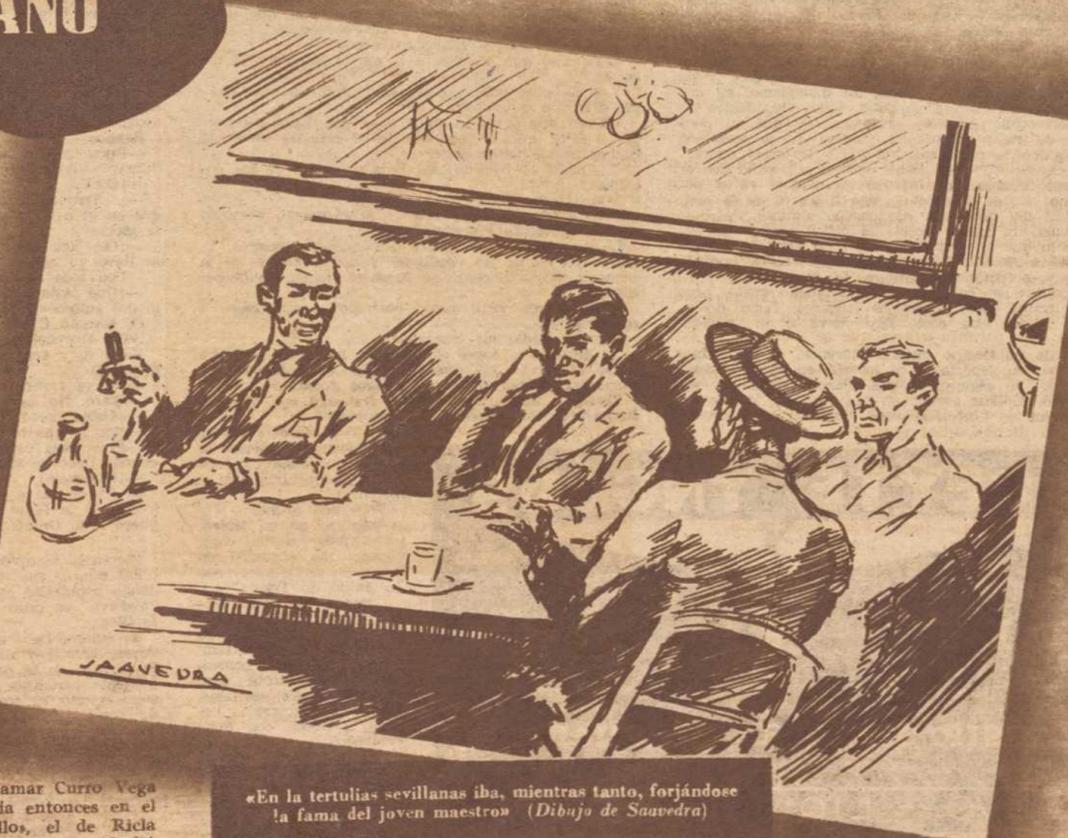
—Como Juan —replicaba un belmontista entusiasta— no puede torear nadie.

—Pues ese gitano —y a mí me lo ha dicho quien entiende de eso un rato largo— baja así las manos y tiene un temple para el capote...

Y el admirador del todavía desconocido espada se ponía de pie y simulaba un lance de capa que no se parecía en nada a los que iba prodigando por esos ruedos «Gitanillo» de Triana.

La razón de un nombre

A esas alturas ya se hacía llamar Curro Vega así: «Gitanillo de Triana». Había entonces en el escalafón taurino otro «Gitanillo», el de Ríela (Braulio Lausán), y aquél, para distinguirse, añadió



«En las tertulias sevillanas iba, mientras tanto, forjándose la fama del joven maestro» (Dibujo de Saavedra)

Una escritora argentina predijo la trágica muerte de "CURRO PUYA" un mes antes

A medida que se nos va agotando la maravillosa maquinaria de la vida, el Creador nos ofrece la compensación del recuerdo, que es como una transmutación gozosa de futuro, que se nos empequeñece con el avance de los años. No es, pues, ninguna tontería vivir del recuerdo, sea este cual fuere; porque si el recuerdo es triste, nos produce una melancolía suave, y si es alegre, nos brinda un regusto grato y consolador. Acaso sea este de la compensación el mejor precio que en moneda espiritual recibimos a cambio de la juventud.

Hay recuerdos escondidos, casi ignorados por nosotros mismos durante los años mozos, que renacen en nuestra memoria con clara luminosidad de hechos recientes, cuando la actividad y la esperanza comienzan a ceder el puesto al reposo y a la resignación. Entonces comenzamos a vivir la nueva y consoladora vida del recuerdo, más agradable, sin duda, para aquel que, por suerte suya, por divino designio o por bondadosa inspiración de su albedrío, supo ir julionando su vida de buenas acciones, ya que al convertirse, con los años, en buenos recuerdos, harán alegres y apacibles los días de su vejez.

Reconozco que este preámbulo, entre filosófico y melancólico, en el que acuso estar incluido entre los que comienzan a vivir del pasado, no puede concordar con el tono y el carácter de una revista como EL RUEDO, aun reconociendo, en justicia, su excelente calidad literaria y artística; pero he dejado correr la pluma a compás del pensamiento, y con ello me he explicado a mí mismo el por qué de la claridad de sucesos recién vividos con que hago memoria de acontecimientos ajenos, tanto, que algunos de ellos están más próximos a mí ahora que a mis canas, y que seguramente no hubiese evocado de tan diáfano modo como ahora en los inquietos años de mi mocedad.

Y contando aquí mi consideración sentimental, me enfrasco en el primer recuerdo que se me ha venido a las mentes al leer en el número anterior de esta revista la iniciación del reportaje del brillantísimo compañero Francisco Narbona, acerca de Francisco Vega de los Reyes ("Gitano de Triana"); en el torero, y más literariamente conocido por "Curro Puya". ¡Vaya por el amigo Narbona la verídica anécdota que relató!

El año 1931 hice yo la crítica taurina en un magnífico semanario editado por Prensa Gráfica y dirigido por un gran periodista.

Un día, provista de una carta de presentación de un fraternal amigo, recibí la visita de una señora argentina: Florencia Marqués, menuda, simpática y de una inteligencia nada común. Su dinamismo, su ímpetu y su arrolladora simpatía, todo ello, dentro de una corrección exquisita, era causa de que, al poco tiempo de tratar a Florencia, tuviese uno la sensación de considerarla como una antigua y fraternal amiga.

Me expuso su caso. Había venido a España con el propósito firmísimo de hacerse un nombre en el periodismo; no de Redacción, sino a través de la viva inquietud del reportaje. Me enseñó algunos trabajos. Su pluma era ágil y poseía el difícil sentido de expresar lo que quería. Me puse a su servicio y se la presenté a Antonio Linares, quien la recibió cordialmente, y, cordialmente también, la desengañó.

—Admitiré su colaboración con mucho gusto, pero no me traiga usted reportajes vulgares. Tengo demasiados. Piense otra cosa, algo nuevo, o que interese mucho...

Durante un tiempo insistió Florencia en su primer propósito: el reportaje; lo intentó en otras revistas modernas, en algunos diarios. Recomendada por mí, consiguió publicar alguno en "La Nación", y creo recordar que en "Informaciones" también. Y en aquella



piana doble de un diario de la noche, a cuyos colaboradores llamábamos "diplomas" los del oficio.

Pero Florencia Marqués no estaba contenta, ni el rendimiento de aquellas colaboraciones bastaba para resolver su situación, que comenzaba a ser apurada...

Y un buen día, a fines de abril del 31, recibí su visita en el periódico.

—Creo que he dado con lo que quiere el director.

—¿Sí?

—Juzgue usted mismo. Yo soy quiromántica.

—¿No me diga!

—Palabra. La he estudiado a fondo hace muchos años. Y la he practicado con acierto, aunque solamente entre mis amistades. ¿No cree usted que unas informaciones con tipos populares, leyéndoles el porvenir en las manos, tendrían interés?

—Yo creo que sí. Vamos a ver lo que dice el director.

Y el director, con gran regocijo de mi inquieta amiga, dijo que sí también.

—Pero que sean de tipos muy populares —encargó—. ¿Por qué no empieza usted con un torero...? Ramos puede presentárselo...

—... Sentí el frío de una hoja de acero en las entecasas.

—¿Quiromancia con los toreros?

—Pero ¿cómo negarse ante el acuciamiento nervioso de la impacientada Florencia?

Le di algunas cartas para determinados diestros. Y, como yo temía, no conseguí verle la palma de la mano a ninguno, como no fuese al tiempo de despedirse.

—Tiene que venir usted conmigo, o renunciaré a mi propósito.

—¿Qué remedio me quedaba?

Y, decidido a coger el toro por los cuernos, o del brazo al torero, me puse a pensar en cuál sería el menos supersticioso de mis amigos coetáneos.

Tenía, y tengo, una amistad fraternal con Mariano Rodríguez, por entonces "El Exquisito".

—¡Ni habla de eso! —se negó Mariano apenas le expuse mi deseo. Y toco madera para ahuyentar el maleficio.

Pero una noche...

Salía yo de un teatro, con rumbo a mi casa, cuando me encontré en la calle de Sevilla con "Gitano de Triana".

Cuanto se hayan conocido recordarán su simpatía y su trato agradable. Chateamos de la temporada, que había comenzado triunfalmente para el gran torero sevillano. Diez o doce corridas llevaba, y todas con éxito ruidoso.

—Y usted, ¿qué hace? ¿Cuándo estrena?

Le hablé también de mis empeños y de mi tarea, cuando me vino a las mentes el deseo de Florencia Marqués.

—Proponérselo a "Gitano de Triana", "calé" auténtico? Absurdo. Pero contárselo, ¿por qué no? Alguna apostilla graciosa escucharía.

Es de suponer mi asombro cuando "Curro" me dijo:

—¡Oiga usted! ¡Que me vea a mí las manos!

—Pero ¿tú no eres supersticioso?

—¿Yo? ¿Por qué?...

—¡Magnífico! ¿Dónde nos vemos mañana? ¿Te parece que sea en La Elipa?

—A la hora que usted diga.

—¿A la una?

Y en el café mencionado, a la hora acordada, Florencia Marqués tenía entre las suyas la mano derecha de "Curro Puya", que escuchaba sonriente el "diagnóstico".

—Es usted fundamentalmente buena persona.

—Regularito na más.

—Ha sufrido usted un grave accidente de automóvil.

—¡No me lo recuerde! Pero ya sabé eso no tiene usted que leerme la mano. Con habé leído los periódicos...

Reímos y:

—Pues tiene usted todos los signos del triunfador, "Curro". Triunfador en amores...

—¡Ole!...

—... Triunfador en el aspecto económico y triunfador en su carrera taurina, en la que le espera a usted la gloria.

—¡Ole otra vez!... Oiga usted, Florencia. ¿Y todo eso lo llevo yo escrito en la mano?

—Con toda claridad, sí, señor.

—¡Qué lástima no saber leerlo yo! Por lo menos, lo del automóvil me lo había evitado.

Se levantó Curro.

Solos Florencia y yo, comenté:

—No va a ser de mucho lucimiento este reportaje, Florencia.

—No va a serlo, porque no pienso hacerle.

—Claro. No hay nada periodísticamente sensacional.

—¿Usted cree?

—Por lo que he oído...

—Pues oiga usted lo que he callado. A este muchacho lleno de vida y simpatía le va a matar un toro.

—¡Florencia!

El 31 de mayo —a un mes fecha— salía por los toriles de la Plaza Vieja de Madrid el toro "Fandanguero", de Graellano, negro, de buena lámina...

...

Florencia Marqués regresó a Buenos Aires sin escribir ningún reportaje. Allí se abrió paso en la radio, donde popularizó extraordinariamente el seudónimo de "Marilyn" en unas magníficas y amenas emisiones infantiles.

Y, aunque hace algún tiempo que no tengo noticias suyas, creo —y así lo deseo— que en la calle de Extrerrios, de la capital norteña, vive la gentil e inteligente periodista frustrada, que anunció, con tristísimo acierto, el doloroso final de aquella gran figura de torero...

El mejor de los gitanos, en lugar del capotillo tiene un Cristo entre las manos.

No se va muerto. ¡Se ha "morio"!...
¡Como un lance de los suyos!
¡Como se apaga un "quejío"!...

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

ACEYTE YNGLES

MACHO

D.D.T. D.D.T.

Parásito que toca ... muerto es!

POLVO - LIQUIDO - CREMA

LA ESTAMPA MAS ANTIGUA DEL TOREO ESPAÑOL

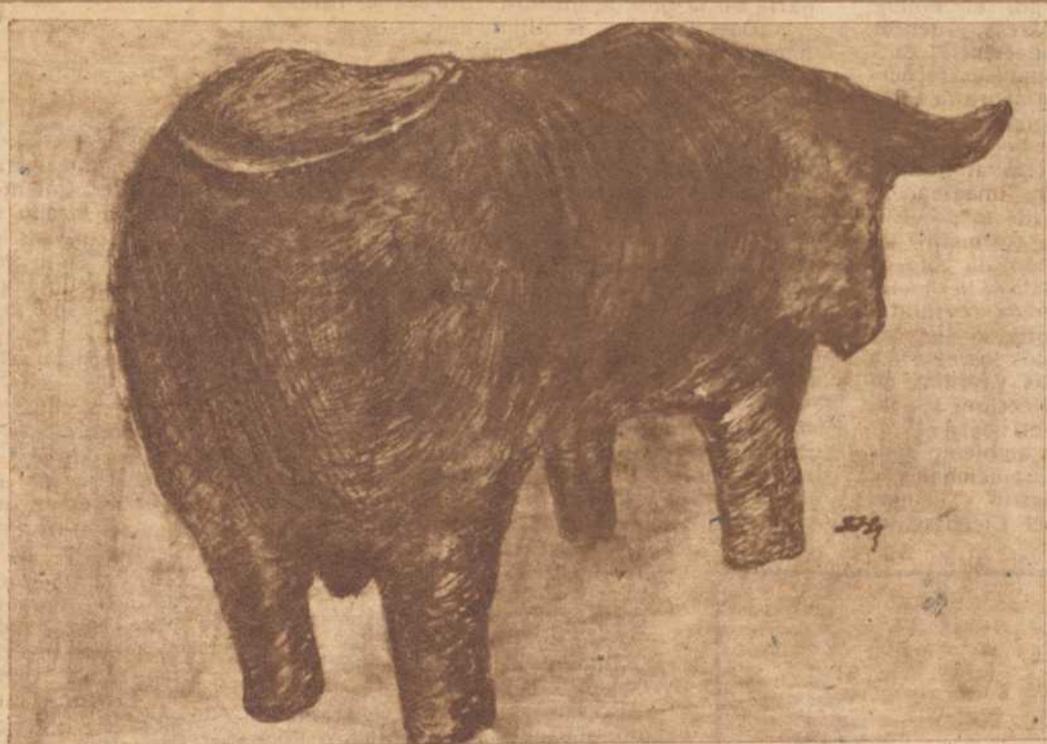


Vaso denominado de la escena de enlazar. Fragmento central en donde el artista quiso interpretar una escena de toreo. Al fondo, una cabaña palafítica, y a la izquierda, un cuervo en vuelo. En la parte inferior, motivo ornamental (Calco según Porcar)

Dos toros de una vacada prehistórica (arte cuaternario). Obsérvese el trapío y pose brava, de semejanza insospechada con las de las actuales reses de lidia en el campo



EN un día del verano del año 1929 se produce un hallazgo arqueológico de relevante interés para la historia del toreo español. La invención tiene lugar en Liria, localidad cercana a Valencia del Cid. Las manos cautelosas del arqueólogo se vieron recompensadas con el descubrimiento, en la gleba del terradal de San Miguel, de un vaso historiado, en donde se presentaba, juntamente con otras escenas de la vida indígena de aquel entonces, una estampa magnífica de tauromaquia. El resto lo completaban pasajes animados, no menos interesantes, tales como la doma de potros, simulacro de guerra; pero en lugar preferente, la tauromaquia, ya que el artista tuvo marcado interés en hacer constar que el toreo era para su tiempo algo muy principal.



Toro de barro en actitud pacífica. Si tuviera el rabo caído, nos daría la impresión de que estaba cuadrado para matar; pero así, más parece que esté pacienciendo. La simpática figura nos recuerda un toro cinquero, lleno de carnes y de presencia idéntica a los que actualmente se utilizan para la lidia (Dibujo según el autor)

Esta fuente viva y elocuente, que nació de la mano artesana de un ceramista poco perito en el dibujo y en la pintura, nos lleva a la conclusión de que el toreo en España no es de cuatro días, como vulgarmente se cree, remontándose su antigüedad —si nos atenemos a la cronología aplicable al vaso en mención— de dos o tres siglos antes del comienzo de nuestra era. Así, la tauromaquia actual, a la vista de las más antiguas estampas que hoy conocemos, relacionadas con la Fiesta Nacional, se remonta en su origen más allá de aquellas generaciones de los Pedros Romero, los "Costillares", los Frascuelos, etc., y más allá, en muchos siglos, que las tradicionales fiestas de lancear toros en la Plaza Mayor de Madrid o de aquellas otras medievales. La figura primera de este artículo representa fielmente el fragmento del calco original, facilitado por el Centro de Estudios Prehistóricos de Valencia, a cuyo Museo pertenece el monumento aludido. Vamos a describir la escena: Un toro enorme, de mucho poder,

provisto de una cornamenta ancha, da la sensación, por su actitud, de estar cuadrado o estar descansando de la fatiga causada por la bregada lidia. Frente a él hay dos lidiadores, los cuales no van provistos de capas, y lo que en el dibujo parece —en la figura más alejada— ser un capote desplegado o, mejor, una muleta, no es otra cosa que un desperfecto de la pintura. Sin embargo, son portadores de algo que, por la imprecisión del dibujo, nos es difícil determinar, pero que posiblemente se trate de una maza.

Uno de los lidiadores está colocado frente a frente, lo que hoy llamaríamos de poder a poder. Hombre joven, un chicarrón de fuerte semblante. Ya un poco más alejado, está su compañero de lidia como atento al quite o a torear al mismo tiempo, como es aun costumbre hacerse en las tradicionales capeas o corridas de vaquillas en no pocos pueblos de España.

Hasta aquí, todo cuanto podríamos decir acerca del vaso liriense; pero a ello añadire-

mos un poco más, para completar al lector la idea de lo que de toros se sabe, en relación con la España antigua.

Recordemos que el toro español fué, por tradición, un toro bravo, de mucho poder; es el "bos taurus ibericus", posiblemente descendiente directo de aquellos toros prehistóricos, tan magníficamente representados en las pinturas rupestres de Minateda (Albacete), Abrigo del Cogul (Lérida), Barranco de Calapatá (Cretas, Teruel) y, sobre todo, el grupo del Prado del Navazo (Albarracín).

El toro ibérico vive, como los toros de nuestras vacadas, al aire libre, pasturando en los prados y carrizales de las márgenes del río Guadalquivir, formando manadas que hoy llamaríamos, más apropiadamente, ganaderías. Strabon, en su famosa

"Geographika", se detiene en esto de los toros, para explicarnos algo verdaderamente curioso. Los animales de ganadería pasaban a las islas del río sevillano antes de producirse la pleamar, sorprendiéndoles ésta y pereciendo por falta de recursos físicos para luchar con la corriente al intentar el regreso. Los toros más perspicaces sabían esperarse a que terminase el reflujó para emprender su regreso (1).

Imágenes del toro español ibérico, además de la representación del vaso de Liria, lo vemos en algunas piezas numarias y en vaciados en bronce y barro, manifestando semblantes inconfundibles de bravura. Una muestra de lo dicho es el toro numantino de nuestra figura 3, que, aunque toscamente moldeado, refleja muy bien las características del toro de aquella época.

Doctor SALVADOR LLOPIS

(1) Strabón: "Geographika", III, 2. 4. C. 143.



GUILLEN SALAYA PIDE TOROS DE CINCO AÑOS

ne más categoría casi que el de Pamplona, y al final del festejo los mozos del pueblo se beben la sangre del toro.

—¡Qué barbaros!

—Es una costumbre ritual. En esos lugares el toro es un enemigo natural del hombre, y éste suele hablar de él en términos insultantes. Puede que esto tenga sus raíces en el totemismo.

—Pero beberse la sangre del toro me parece excesivo.

—No se asombre. En Cuéllar he visto a unos mozos, durante el encierro, quedarse con el rabo y parte de la piel de un toro a fuerza de tirones.

—¡Qué dolor en el último hueso de la espina dorsal sentirían los pertenecientes al totem torista!... Y, a propósito de esto, ¿usted es torista o torerista?

—Torista integral. He creído siempre que el toro es el principal elemento de la corrida y el origen de que resulte bien o mal. Y por eso, porque soy torista, me desagradan los toros que hoy nos sirven.

—¿Cuál es para usted el toro ideal?

—El que ha cumplido los cinco años está completamente cuajado, tiene reposo y dominio y la cabeza en su sitio...

—Pero ¿no cree usted que con toros demasiado grandes y pesados perderían las suertes gracia y agilidad?

—Todo lo contrario: tendrían más gracia, y, contra lo que muchos creen, el público acogería mucho mejor todos los adornos y filigranas hechos con un toro respetable que cuando se realizan con un pobre utrero, nervioso y debilitado. Además, creo que en los toros el arte se logra por el camino de la emoción más que la emoción por el arte.

—¿Qué clase de toro prefiere?

—Por supuesto, el rondoño.

—¿Qué toreros ha conocido?

—¡Imagínese! aficionado de siempre y con mi edad!

—Presume usted de venerable anciano. ¿Conoció acaso a Pedro Romero?... ¿No? Pues entonces es usted un niño. Adelante.

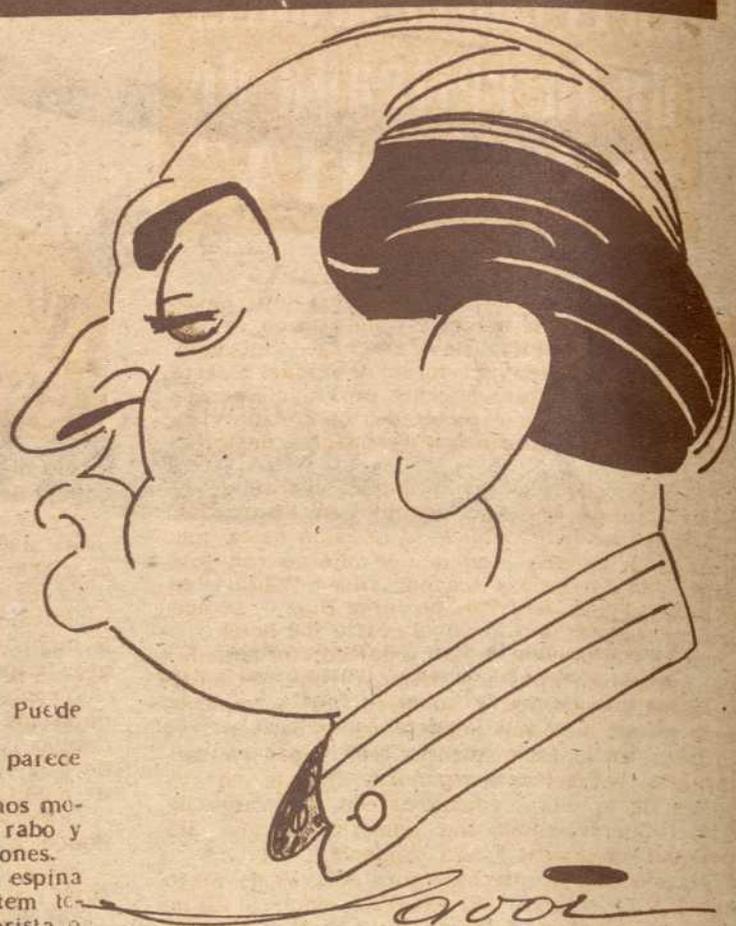
—Conoció desde "Bombita" y "Machaquito" hasta el último de los de hoy.

—Quiere decirme a cuál de los de antes admiró más, y a quién de los de hoy prefiere?

—Pues, como yo doy a la suerte de matar toda la importancia que tiene y creo que un torero no es completo si no es buen matador, he admirado a Vicente Pastor y a "Fortuna", tan reposado y tan sereno, tan maestro en el arte de matar. En cuanto a los de ahora, creo que, si no se malogra, el mejor es Luis Miguel Dominguín, que sabe unir el estilo antiguo al moderno con toda sobriedad y arte.

—¿Qué suerte prefiere?

—Una que hoy está muy abandonada y que considero de gran importancia para el lucimiento de un torero: el toro de capa. Lo considero, además de bonito, más difícil que el de muleta. Casi todas las cogidas que he visto han sido en lances de capa, y han sido muchas. Además de que es más difícil hurtar el cuerpo con la capa que con la muleta, el torero maneja con ella las dos manos. Un buen torero actual me confesaba que, para él, torear de capa era lo más difícil, y que estaba deseando siempre que pasara la suerte.



—¿Qué cree usted que necesita la Fiesta actual para ser completamente de su gusto?

—Algunas variaciones en el Reglamento. Pero no precisamente innovadoras, sino de retroceso. Fue en el año veintiséis cuando se retiró el toro de cinco años y se impuso el de cuatro por exigencias de los toreros y del público de entonces, y por aquel tiempo, cuando se ordenó la supresión de los petos. Pues bien, lo que yo pediría, en beneficio de la Fiesta, es que el Reglamento fuera como el que regía en el año veintidós o veintitres.

—¿Cree usted que los toreros de hoy, y el público en general, aceptarían esa vuelta a las viejas costumbres del toro?

—El público actual, en realidad, en su mayoría, parece que no aceptara esta importante variación, porque es un público, el de la última generación, que se ha formado en las nocturnas y tienen un sentido de las corridas cuyo origen está en el toro cómico de Llapisera y de Charlot. Todo eso de mirar al tendido y cosas por el estilo nació de esta clase de toro. En cuanto a los toreros, por lo menos la opinión de Arruza la conozco. Después de su debut en España lo encontré un día en Lisboa y me aseguré que en la próxima temporada su triunfo sería rotundo. "Con toros de menos de cuatro años —me dijo— podré lucirme. Ahora, a uno de cinco no lo toreo aunque me lleve la Guardia Civil." En efecto, a la temporada siguiente su triunfo fue rotundo. El público acogió entusiasmado sus acrobacias con aquellos toros, a los que no temía. Pero, como el mismo dijo, a un toro de cinco años no le hubiera hecho el teléfono aunque le hubiesen obligado. Recuerdo el escándalo que se armó en Valladolid cuando fueron allí a torrear él con "Parrita" y con "El Vito". A él le tocó un toro enorme de la ganadería de la viuda de Molero, y pidió que le dieran otro y éste lo toreara "El Vito". Pero la gente de Valladolid es poco transigente, y hubo una protesta contra aquella demanda. Lo recuerdo todo muy bien, porque yo me hospedaba en el mismo hotel que Arruza. Fueron a decirle que no se podía hacer el cambio, y entonces Arruza se metió en la cama y dijo que no torearía porque se encontraba enfermo. Hubo verdaderas alteraciones de orden público. El apoderado de Arruza salió con un coche a la carretera para esperar a "El Vito" y decirle que simulara un accidente, con objeto de que la corrida se suspendiera; pero la treta fue descubierta, y salió otro coche para llevar a "El Vito" hasta la ciudad. Por fin, a las nueve de la noche, se suspendió la corrida. Se había intentado todo; hasta fueron a buscar a Fernando Domínguez, que se había retirado ya.

—Buen lío.

—Sí; en Valladolid el público es muy bravo. Yo he visto allí llorar al propio "Joselito". Y Belmonte no consiguió nunca quedar bien ante los vallisoletanos.

PILAR YVARS

En el cincuentenario de la retirada de "GUERRITA"



CUANDO EL TORERO DE CORDOBA TOREO TRES CORRIDAS EN TRES PLAZAS DISTINTAS Y EN UN SOLO DIA

SE han cumplido en este mes de octubre pasado —día 15 de octubre, y en ocasión de las Fiestas del Pilar de Zaragoza— cincuenta años de la retirada del toreo de Rafael Guerra ("Guerrita"), que, precisamente por lo inesperada y porque no le dió carácter de espectacularidad, causó entre los aficionados verdadera consternación.

En pleno auge de sus facultades físicas, de su ciencia torera y de su dominio en los ruedos, "Guerrita" no hizo pública su decisión hasta que, acabada la corrida —en la que alternó con José García ("Algabeno") y Nicanor Villa ("Villita"), en la lidia de toros navarros de Jorge Díaz—, se quitaba el traje de torero en el cuarto del hotel.

Ahora, con ocasión de tan señalado cincuentenario, nos parece oportuno destacar como recuerdo de aquella gran figura su alarde extraordinario, cima de su historial glorioso, de actuar en tres corridas en un día, que tuvieron lugar en tres distintas poblaciones españolas. Porque en los anales de la tauromaquia aparece este rasgo de Rafael Guerra como una homérica hazaña sin parigual en la viril Fiesta española.

Acaeció este acontecimiento el día 19 de mayo de 1895, alternando "El Guerra", mano a mano, en San Fernando, a las siete de la mañana, con el espada de la localidad José Rodríguez ("Pepete"); a las once y media, en Jerez de la Frontera, con el matador de toros valenciano Julio Aparici ("Fabrilo"), y a las cinco y media de la tarde, también mano a mano, con Antonio Fuentes, en el circo de la Maestranza de Sevilla.

Detallemos ahora los pormenores de la titánica jornada. Cuando al punto de las siete de la mañana hicieron el paseo en San Fernando "Guerrita" y "Pepete" al frente de las cuadrillas, hacía un tiempo desapacible y la húmeda brisa de la costa gaditana molestaba más de la cuenta a los espectadores del graderío. Ello no enfrió, sin embargo, el entusiasmo del gran torero de Córdoba, que comenzó el taio del día toreando de capa al astado que rompió plaza, de la vacada de Saltillo, con lancees tan eficaces como adornados.

lo mismo en el saludó por verónicas que en los quites del primer tercio. Luego, con la muleta, aprovechó la bravura del bicho para realizar una faena magnífica, que terminó con un gran volapié de efecto fulminante.

En los toros tercero y quinto repitió "Guerrita" su lección de toreo con el percal y con la franella, tumbando a cada uno de sus enemigos de una gran estocada y un certero descabello.

"Pepete", sin relieve en su toreo, mató al segundo de la tarde de un sablazo a paso de banderillas, y al cuarto de tres pinchazos. El sexto de esta corrida matinal se echó durante la faena de muleta y hubo que apuntillarlo.

Cubierto de laureles fué "El Guerra" a Jerez, donde, a las once y media, apareció en el ruedo a los acordes de la charanga, a la vera de "Fabrilo", siendo recibido con palmas jubilosas.

Los toros encerrados eran de la ganadería de Cámara, y el primero de ellos salió revoltoso, pero no le valió de nada su mala catadura, porque Rafael Guerra, haciendo honor a su soberana escuela de toreo, lo redujo a la obediencia con su muleta imponderable, mandándolo al desolladero de un buen pinchazo y una estocada alta. Al tercero, de mejor condición, le hizo una faena magistral, para recetarle, por último, un volapié que tiró al bicho sin puntilla. Con el quinto de la serie, el celeberrimo espada de la ciudad de los Califas puso cátedra de banderillas, pareando por ambos lados de un modo maravilloso, trasteando luego con su muleta de lujo para acabar su mágica faena de medfa en lo alto, y a continuación una hasta el puño, que no necesitó el refrendo del cachetero. "Fabrilo" estuvo mediano toda la tarde.

Con aplausos estrepitosos dejó Jerez "El Guerra" y con aplausos no menos entusiastas fué recibido en Sevilla cuando, con el pasodoble torero de "La Giralda", salió con Fuentes a la candente arena.

¡Qué corrida! Como si no llevara encima el esfuerzo extraordinario de las dos ya realizadas en el día en Jerez y en San Fernando, "Guerrita", fuerte, animoso y valiente, como si acabara de levantarse, hizo florecer sobre el dorado albero sevillano las más lucidas suertes del toreo clásico ante los ojos maravillados de la "cátedra" hispalense.

Eran los bichos de la prueba final del hierro

de Murube; y hay que reconocer que todos ellos hicieron honor, con su bravura, a tan linajuda divisa. Entre los seis tomaron cuarenta y cuatro varas, matando la friolera de doce caballos. Antonio Fuentes, el competidor de más categoría que tuvo "El Guerra" en día tan memorable, escuchó muchos aplausos toreando y colocando banderillas en su gran estilo, cumpliendo con el estoque, "Guerrita", como águila caudal de la tauromaquia, voló muy alto, sin desmayar en su tarea, cada vez más artista y más valeroso.

Una gran faena en su primero precedió a un pinchazo y a una gran estocada. En su segundo ejecutó una faena que puso en pie a los espectadores del graderío, cuyo delirio subió de punto cuando el murube rodó a los pies del cordobés de una gran volapié en lo alto de las agujas. Ante el quinto de la corrida (su noveno toro del día), Rafael Guerra volvió a enardecer a la afición con sus quites, tan ceñidos como variados, para seguir maravilláncola con su inimitable estilo de sin par banderillero y para cautivarla con la hondura de su muleta, tan pródiga en adornos como copiosa en recursos para convertir en toro bravo al bucy de una carreta. Como final de todo, un volapié inmenso que hizo a la res echar las patas por alto.

Tal fué la jornada de tres corridas, con seis toros cada una... ¡Pero toros! Ya hemos dicho que la tercera tomó cuarenta y cuatro varas, matando doce caballos. Pues bien, apuntemos ahora que los seis de Saltillo de la mañana tomaron cuarenta y dos puyazos, matando cinco jamelgos, y que los cámaras lidiados en Jerez aguantaron cuarenta y tres picotazos, dejando diez caballos para el arrastre.

Quiere decir que las tres corridas que toreó "Guerrita" en esta jornada fueron los toros hechos y derechos, ya que salen, como puede verse, a siete varas por cabeza. De su respeto baste decir que quedaron fuera de combate, en la corrida sevillana, el picador Cano, con una herida de doce centímetros producida por el segundo murube, y el garrochista "Beas", con la desarticulación del brazo izquierdo, con fractura de clavícula.

La magnitud del triunfo clamoroso de "Guerrita" en este día inolvidable en los fastos del toreo, habida cuenta de su maravilloso toreo de capa y de muleta, que no necesita contraste, está en el resumen que arroja en esta jornada su trabajo en la suerte suprema: nueve toros, diez estocadas y dos pinchazos. ¡Definitivo!

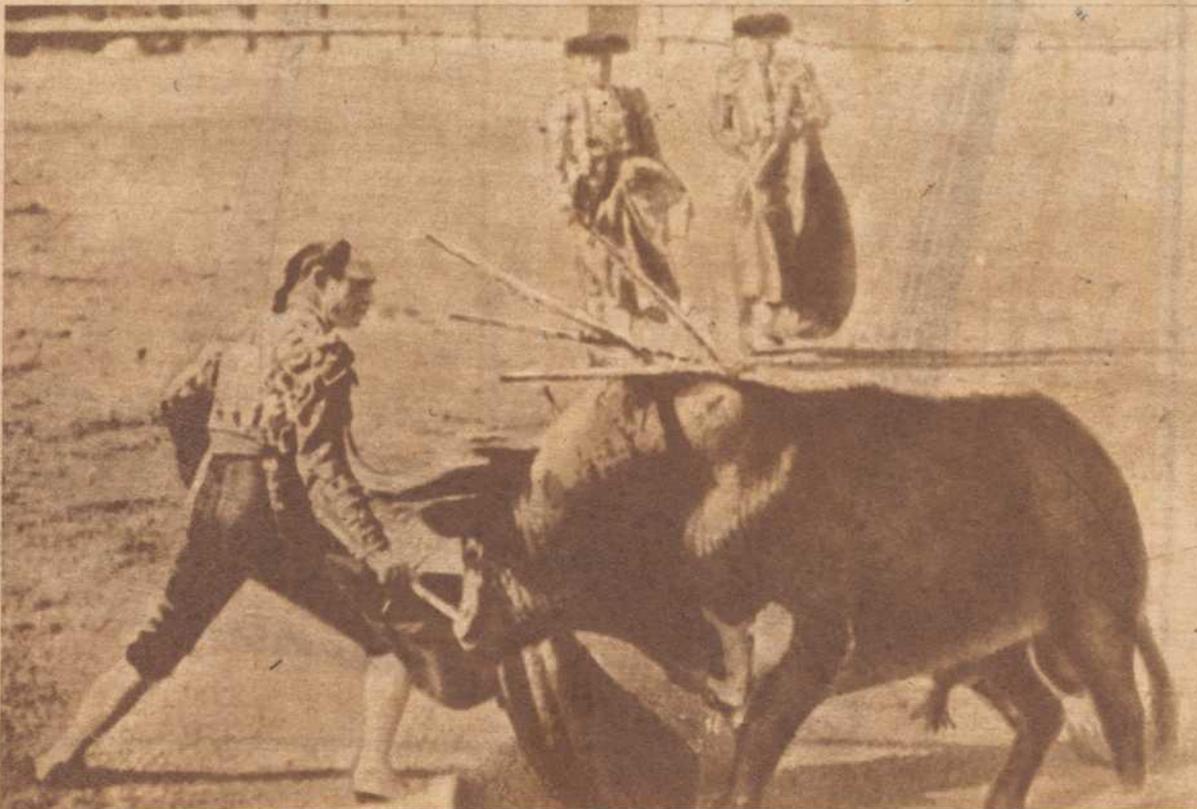
El abajo firmante cree firmemente que este recuerdo de la insuperable jornada es el mejor homenaje que puede hacerse a Rafael Guerra en el cincuentenario de su desaparición de los cosos taurinos.

CURRO CASTAÑARES



El gran torero cordobés, reclamado por el público madrileño, saluda en el tercio de la vieja Plaza de Toros de la Villa y Corte

"Guerrita", en Sevilla, saca de las tablas a un peligroso miureño. Al fondo, los peones Juan Molina y Antonio Guerra. Esta fotografía estuvo siempre en el Club «Guerrita», de Córdoba





★ DIVAGACIONES OTONALES ★

REPLICA A UNA ESCRITORA MEJICANA ANTITAUROFILA

Usted, señorita, propugna, con dialéctica airada, que se supriman las corridas de toros en Méjico, su país. Y para defender la teoría de abolición ha acudido a todos los tópicos consabidos: la crueldad, el bárbaro espectáculo, la tortura a que se somete a los toros, el riesgo de perder la vida de los lidiadores. Confieso que siempre que comienzo a leer una impugnación me acompaña la esperanza de hallar un argumento nuevo, que signifique alguna originalidad, alguna idea que no haya sido ya utilizada. Con su artículo experimenté ese mismo deseo. No por el temor de ser convencido; eso, no. Pero si por el agrado que nos ha de producir siempre, a los que cultivamos las letras, tropezarnos con alguien que presente mayores arbitrios y recursos polémicos, una dotación que nos haga reconocer la superioridad. Por lo menos, si eso aconteciera, algo aprenderíamos. Pero, con todo el dolor de no ser galante, en esta ocasión he de decirle, señorita, que no hallé en su alegato nada que se apartase de las vulgaridades de siempre. ¿Qué le hemos de hacer!

Pensará usted, seguramente —apostaría doble contra sencillo—, que esas vulgaridades son suficientes para demostrar que las corridas de toros deben desaparecer. Pues no, francamente. No bastan. ¿Por qué? Pues por esto: porque son de facilísima recusación. ¿Crueldad? A los toros se les ha de matar de todas formas. Ya la veo adelantar, nerviosa, su réplica: "Pero sin hacerles sufrir." ¿Se puede afirmar que todos los animales a los que el hombre suprime, en las diversas formas de sacrificio, mueren sin sufrimiento? Pero —uno también tiene que acudir al argumento cien veces empleado, a lo vulgar—, ¿no se autoriza, unas veces en el espectáculo de boxeo; otras, en el de lucha libre, con todas sus bruta-

lidades, que los hombres se den de puñetazos y se rompan los huesos, entre los gritos enardecidos de las multitudes? No son pocos los que han sucumbido para siempre en un cuadrilátero pugilístico. Si la agilidad del hombre ante la fiera —demostración de destreza en un juego que tiene muchos matices artísticos, que es gracia, con un colorido y un trazo estético inimitables— puede resultar violento, inhumano, la brutal pelea de dos hombres, con saña, con los rostros ensangrentados, hasta que uno deja sobre el suelo, triturado y maitrecho, al otro, ¿es una estampa de inocente y limpia fraternidad?

Yo no sé si usted es aficionada al espectáculo que se titula "riña de gallos". Dos animalitos nacidos para función más importante, se enfrentan. Se acometen con furia. Se martirizan bestialmente, dándose picotazos mortales. La sangre de sus crestas y sus pescuezos empaña el suelo que sirve de escenario a la encarnizada batalla. El público —que además estimula su pasión partidista con las apuestas, lo que no ocurre en los toros— se excita, se exalta, grita y disfruta con la tortura de uno de los gallos peleadores. Esa actitud, que no es precisamente de protección a los animales, ¿no es inhumana? Por lo menos, se aleja de la corrección exquisita, de la ecuanimidad.

En la caza, el hombre, con su escopeta, persigue al animal contra el que se emplea. Le hostiga por todos los medios. Le hace sufrir al verse acosado, perseguido. Recibe un balazo, del que no siempre muere. Se desangra. Agoniza, unas veces rápidamente; otras, con lentitud que le hace padecer. ¿No le produce a usted dolor esta forma de matar a los pájaros, a las liebres, a las fieras? Seguramente, le da más pena que se mate a un inofensivo pajarillo que la supresión a tiros de un leopardo, de un lobo, de un león, ¿no es así? Porque éstos —dirá usted— son fieras y

hacen daño. El toro es también una fiera, señorita. Y no apuraré el eufemismo para llevar a su ánimo que muchos hombres lo son también. Y que por ese instinto feroz —de fiera— se matan unos a los otros.

A cambio de todo eso —que difícilmente podrá rebatirme—, puedo añadir, al rechazar sus livianos y nada originales argumentos: que ni en la riña de los gallos, que es sólo de animales, hay un atisbo de inteligencia, una participación del ingenio humano; que la caza divierte al que la ejecuta, pero no es arte, no tiene esa belleza plástica de la lidia en los ruedos, no concita la admiración de los públicos, porque ellos no asisten a lo que es una lucha desigual, en que una de las partes —el cazador— lleva siempre todas las ventajas, y que, finalmente, la lucha entre dos hombres —boxeo, lucha libre o cualquier otra manifestación—, al ser bárbaramente agredido y vencido uno de ellos, con el regocijo de los espectadores, se niega el más hermoso de los conceptos evangélicos. Entre las cosas que ignoro es si usted es católica. Aunque no lo sea, supongo que sustentará ideas de fraternidad, de amor al prójimo, de mutuo respeto humano.

Por otra parte, si a usted no le gustan las corridas de toros, ¿qué le vamos a hacer! Es una desgracia como otra cualquiera, acaso más grave que otras muchas desgracias. Pero le va ser muy difícil demostrar —aparte el vano intento de su argumentación sobre crueldades, violencias, etc.—, que no son una expresión artística insuperable, que produce emoción, que tiene un carácter y un color que no alcanzan otros espectáculos y que son la concreción estética de la gallardía, de la superioridad humana y, en fin de cuentas, de la

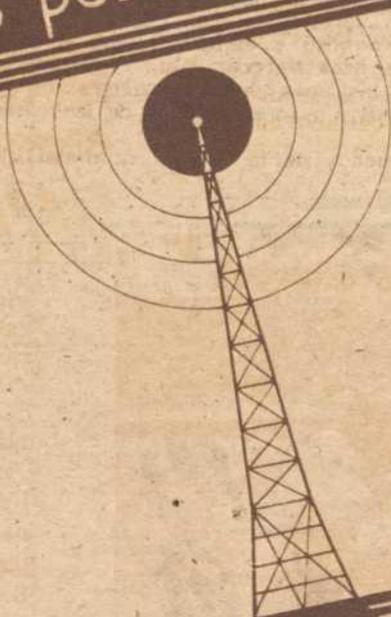
esencia de la cultura de un pueblo que ha sido progenitor y maestro de los de allá, y de Méjico, el suyo, con acentuada predilección, traucida en semejanzas y afinidades. Entre todas ellas, la de cultivar con entusiasmo nuestra inimitable Fiesta nacional. Rendidamente, a los pies de usted, señorita.

FRANCISCO CASARES



RADIO - ANDORRA

la emisora más potente de habla española



(60.000 vatios - 426 m. y 50,16 m.)

La mejor emisora para la publicidad radiofónica

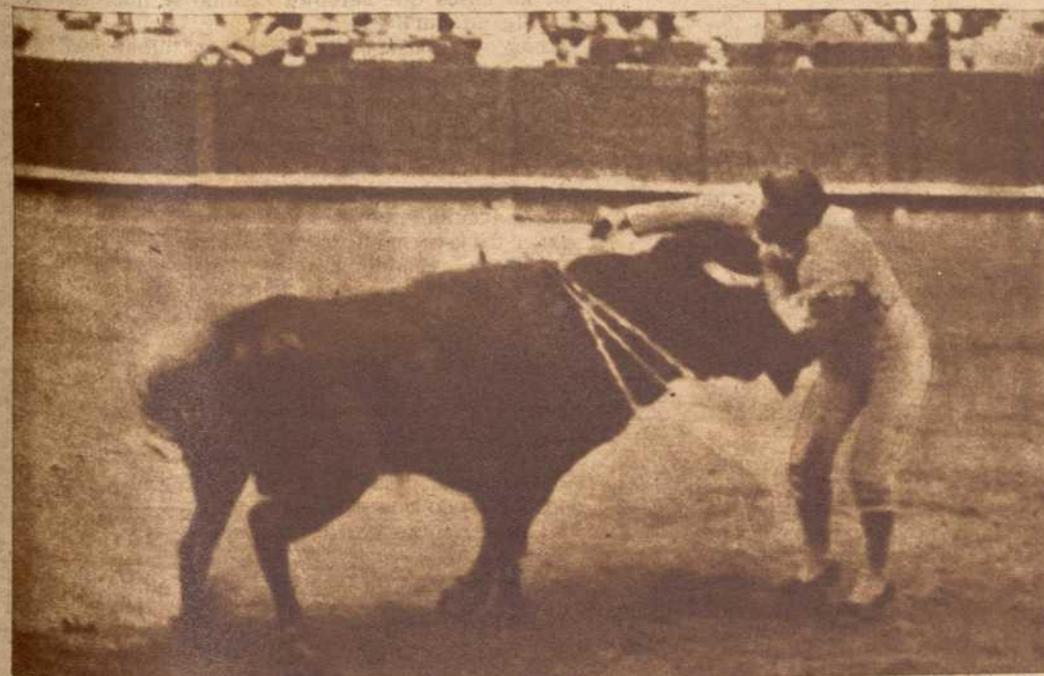


LOS poetas catalanes Salvador Dalí y Mario Cabré han conmovido la almiarada y modorita escena madrileña en estos días de obligada reposición del drama de Zorrilla "Don Juan Tenorio". Nadie extrañará que se tenga por poeta a Dalí, y todos saben que Mario Cabré — poeta muchas veces en el ruedo — escribe bellísimos versos. Cataluña nos envió este obsequio espiritual, como lo hace siempre que de tales regalos se trata: gentilmente.

Se ha escrito ya mucho sobre Salvador Dalí. Se ha aprovechado la coyuntura para hacer frases, exponer puntos de vista y adoptar posturas de última hora. Se ha escrito mucho y se ha dicho muy poco. Pero la verdad es que Dalí nos ha decepcionado. Se ha quedado corto.

Mario Cabré, en cambio, ha llegado más allá del punto que, prudentemente, le creían capaz de alcanzar. Cabré, y esto conviene precisarlo, no es hombre que vaya desorientado de una actividad a otra en busca de un camino que señale claramente la ruta de su personalidad. Mario Cabré es la personificación de una sensibilidad finísima, que capta la belleza allí donde la belleza alcanza la perfección, y que logra interpretarla en un alarde de percepción justo y sutilísimo. Puede este singular artista mostrarnos su arco iris artístico, porque todas sus actividades tienen el mismo arranque, la misma raíz. Cabré es fundamental e íntegramente poeta. Y ve poesía en el lance aéreo o en la estocada espeluznante; en la interpretación filmica de un enamorado; en la creación, dolorosa a veces, de un poema; en la encarnación de un personaje que fué sueño de otro poeta y ha de parecer realidad humana. La fórmula estética de Cabré tiene una ambiciosa rosa de los vientos.

Ningún comediante concretó sus aficiones taurinas con la gallardía, la verdad y el éxito que alcanzó él, y ningún torero pudo, hasta ahora, dar lección de arte de buen decir desde un escenario, y rodeado de primeras figuras del arte dramático, tan justa y certera como la que Cabré ha dado en el escenario madrileño del teatro Gran



Vía, a cuyo tablado sólo los elegidos tienen acceso. Mario Cabré ha sido el primer torero que ha encarnado en un escenario la figura del burlador de Sevilla. No por primera vez en esta ocasión, pues ya lo había hecho en teatros de Barcelona y Valencia.

La alta crítica teatral tuvo para el sin par intérprete elogios y alientos que reserva para figuras excepcionales. Mario Cabré, poeta de grandes alientos, ha caminado otra vez por uno de los senderos que conducen a la Belleza.

Es posible que ahora, después de haber visto a Cabré interpretar el protagonista del inmortal drama de Zorrilla, comprendan muchos aficionados a la Fiesta nacional el credo artístico del torero catalán. O pura belleza, o nada. Cabré no será nunca — no lo ha intentado — un torero discreto, que ni desentona ni arrebat. Siempre va tras la pincelada que no ha de hallar parigual. O cielo, o infierno, como Don Juan Tenorio. Sabe cuál es el camino que conduce a la gloria, conoce las asperezas que es preciso salvar, y a fuerza de sensibilidad va orillando obstáculos. En los ruedos, en los Estudios cinematográficos, en los escenarios y frente a las blancas cuartillas, Cabré sólo persigue un fin altísimo, un fin que se llama Poesía.

Su padre, Jaime Cabré, actor de nota, fué su maestro en los

"DON JUAN TENORIO" Y MARIO CABRÉ

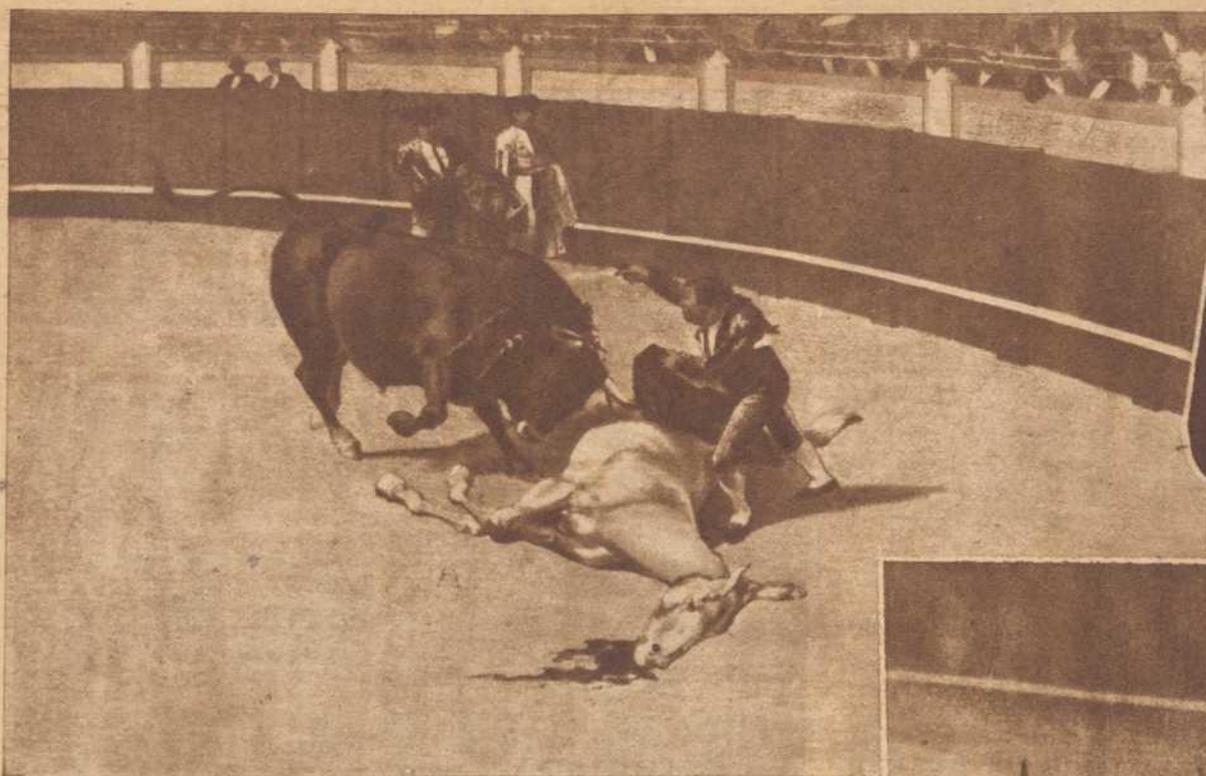


escenarios. De él y de su tío Pedro, primer actor en formaciones de rango nacional, aprendió Mario todo lo que concierne saber a quien, por vocación, ha de hacer del arte escénico razón de vida.

A los doce años, Cabré, con otros muchachos de las Ramblas, montó en la trastienda de un bar el primer "Don Juan Tenorio" que representó. Luego, en la compañía de su padre, figuró como primer galán, hasta que su afición por la Fiesta nacional le obligó a abandonar las tablas. Y ya torero, como queda dicho, interpretó el papel de Don Juan en Valencia, Barcelona y, recientemente, en Madrid, hasta más de medio centenar de veces.

Cabré fué poeta antes que actor, actor antes que torero, torero antes que intérprete cinematográfico, y siempre hombre selecto que rinde culto a la espiritualidad.

BARICO



EL TORO DE LIDIA en la "TAUROMAQUIA" de MONTES (Continuación)

EL pelo debe llamar también la atención: cuando se dice el pelo, debe entenderse esta voz en su verdadera significación, y no tomarla por la pinta, la cual poco o nada influye en la calidad del toro.

Este se dice que es de buen pelo cuando la piel tenga la pinta que quiera, es bastante luciente, fina, igual y limpia; los toros de este pelo se llaman finos y se aprecian más, como sucede con los caballos y demás animales de pelo. Hay castas cuyos toros son de pelo basto, y por lo mismo se llaman bastos también; los toros de éstas, en igualdad de circunstancias, se pagan menos, pues el pelo es una de las señales que se tienen para caracterizarlos.

Para que un toro sea fino ha de reunir al pelo luciente, espeso, sentado y suave al tacto; las piernas secas y nerviosas, con las articulaciones bien pronunciadas y movibles; la pezuña, pequeña, corta y redonda; los cuernos, fuertes, pequeños, iguales y negros; la cola, larga, espesa y fina; los ojos, negros y vivos; las orejas, vellosas y movibles. Esto es lo que se conoce por buen trapío. Generalmente, cada provincia, y aun cada casta, tiene un trapío particular, y hay algunos aficionados tan inteligentes que rara vez se equivocan.

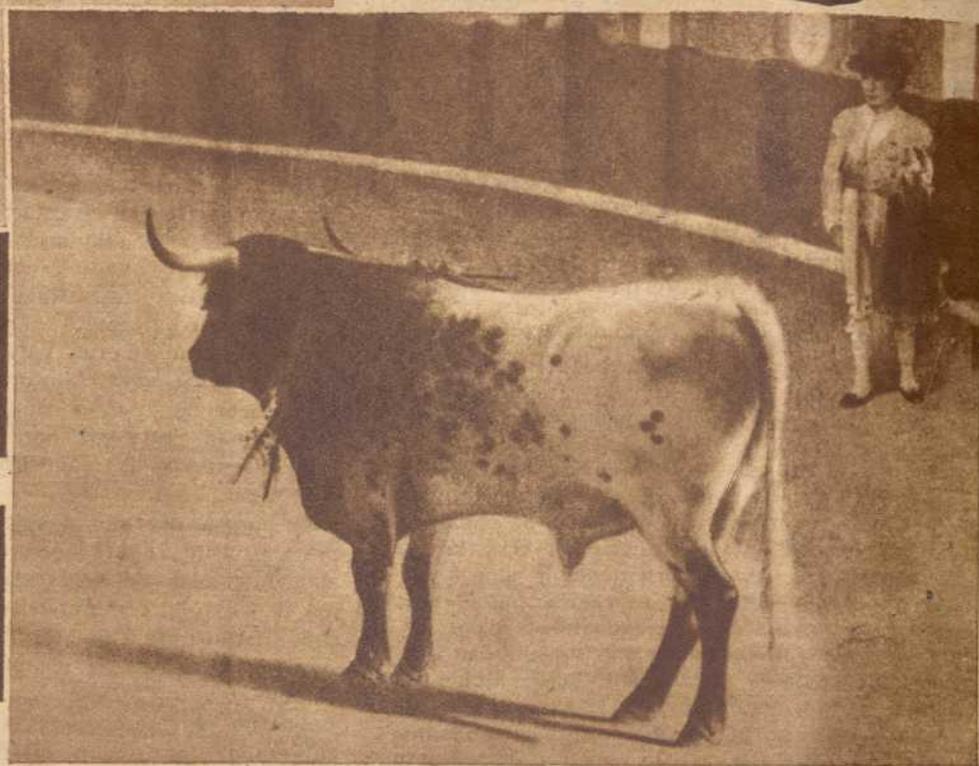
La necesidad de que esté sano el toro que ha de lidiarse es bien manifiesta; pero lo que principalmente recomiendo que se examine es la vista, los que la tienen defectuosa son muy difíciles de torear. Hay toros que ven mucho de lejos y poco o nada de cerca, y viceversa; otros los hay que ven bien de un ojo y mal de otro; los hay también que ven muy poco, y todos ellos, que los toreros llaman *burriciegos*, son difíciles de torear. Los toros *tuertos*, aunque muy buenos para *ver* suertes, son muy malos para otras, y, por consiguiente, tampoco deben lidiarse.

Además de todas las condiciones dichas, es menester examinar escrupulosamente si el toro ha sido *corrído*, y principalmente, si lo ha sido en Plaza, pues entonces, aunque reúna los anteriores requisitos, no divertirá; antes bien, tanto los espectadores como los toreros estarán descontentos, y estos últimos con tanta más razón, pues miran muy próximo el peligro de su vida con tales toros.

La tauromaquia posee reglas certísimas para burlar la fiereza de los toros, que, siendo naturalmente sencillos, se van con el engaño que el hombre les presenta, asegurando de este modo su vida y proporcionando una hermosa diversión. Pero con los toros placeados varían del todo las circunstancias. La lidia que ya han sufrido les ha puesto en el caso de distinguir al torero del capote que lleva para su defensa, y, despreciando éste, acometen rabiosos a aquél; saben en cada clase de suertes cuál debe ser la huida del diestro, y conforme le ven en disposición de ejecutarlas, empiezan a ganar terreno, le quitan la salida, y cuando lo ven encerrado y en una posición tal que apenas pueda escapárseles, arrancan a él, y si por desgracia lo cogen, es muy posible que sea aquella la última hora de su existencia. Estos toros son el oprobio de la tauromaquia, la muerte de los toreros y el fundamento que tienen los enemigos de las lidias para llamarlas bárbaras. Debe prohibirse con mucho rigor que se corran, y señalar un castigo, correspondiente al tamaño del delito y de las funestas consecuencias que

Se procurará siempre apartar los toros de las querencias, que a veces son peligrosas

Para que el toro sea fino ha de tener el pelo luciente, espeso y suave



pueda acarrear, a todo el que vendiese para las Plazas toros que ya se hubiesen corrido de antemano. De este modo, las lidias serían muy divertidas, las leyes taurómacas tendrían correspondiente aplicación y seguro resultado y se pasarían muchos años sin que hubiese la menor desgracia y sin que los enemigos de tales diversiones tuviesen el más mínimo fundamento para vituperarlas.

De las querencias

Antes de tratar de los toros en particular y del modo de lidiarlos, me parece oportuno decir algo de sus *querencias*, tanto naturales como accidentales, con la idea de hacer ver el papel tan importante que juegan en la lidia, pues no pocas veces darán una suerte lucida al que las conozca y las atienda, y una cogida al que las ignore o las desprecie.

Se llama *querencia* de un toro aquel sitio de la Plaza en que les gusta estar con preferencia a otros, y adonde va a parar regularmente después de una carrera o al rematar las suertes.

Los toros tienen en la Plaza dos *querencias* naturales, que son: la puerta del toril y la del corral en que está antes de la lidia. Tienen además otras *querencias*, que se llaman *accidentales* o *casuales*, y son las que toman con algún sitio de la Plaza, bien por haber otro toro muerto, o un caballo, o por sentir allí descanso y defensa, como son las *querencias* con los tableros, y, finalmente, las que toman por estar la tierra más movida y más fresca, como sucede en las Plazas en que hay fuente o pozos, que si bien están cubiertos en el tiempo de la lidia, el fresco del agua pasa a través de la tierra y forma una nueva *querencia*.

Aunque, como ya hemos dicho, suelen éstas dar suertes muy lucidas y seguras, serán siempre mejores aquellas en que el toro no haya tomado *querencia* alguna, por la obvia razón de que partirá con la regularidad que le es propia, y no necesitará el diestro hacer modificación o excepción de alguna regla, lo cual es necesario siempre que se hace una suerte estando el toro en su *querencia*.

Por esta razón, se procurará siempre apartarlos de ellas para todas, cuidando además, en lo posi-

ble, dejarles libre la huida a estos sitios, pues es muy frecuente arrancar un toro al matador, por ejemplo, y en el momento de cargarle la suerte, sin rematarla, y aun casi sin llegar al centro, vaciarse e irse con el viaje a la *querencia*. Aunque esto no sucede siempre estando el toro lejos de ella, se observa alguna vez, y, por consiguiente, es preciso combinar que el terreno de afuera sea el que deba tomar en caso de ir en busca de ella, pues de lo contrario se meterá en el del diestro y probablemente se lo llevará por delante; además, si él piensa evitar esto echándose a la Plaza dando las tablas al toro, como no es constante que éste, hallándose lejos, siga con el viaje a la *querencia*, tomará su terreno natural, encontrará con él y precisamente le dará una cogida.

Todos estos inconvenientes se evitarán combinando los terrenos, pues no es necesario, observando lo dicho, cambiarlos, lo cual sólo se hará en los casos que veremos cuando se hable de cada suerte en particular.

Las *querencias* referidas que toman los toros con ciertos sitios de la Plaza por sentir alivio en ellos, que regularmente son los tableros, aunque son las más poderosas casi siempre, no obstante se pueden destruir haciendo que, conforme se acerque el toro a ellas, lo piquen, le claven alguna banderilla en los cuartos traseros o en la barrilla, y lo inquieten incesantemente con los capotes, pues de este modo, como el animal se siente allí incómodo, abandona aquel paraje y cesa la *querencia*. El recurso más poderoso para hacer que salga de él es ponerle una banderilla de fuego, pero debe ser el último.

Toda suerte que se haga dejando libre al toro su *querencia*, además de ser segurísima, es muy lucida, y, por consiguiente, las que se efectúan sin este requisito serán expuestas y desairadas; lo más frecuente es no poderlas ejecutar, pues empiezan a ganar terreno y rematan en el bulto, de modo que el diestro se verá embrocado de cuadrado sobre corto y expuesto a la cogida más funesta.

Es pues necesario tener mucha atención y conocer perfectamente cuáles son las *querencias* del toro, para dejárselas siempre libres y manifiestas; y para proporcionarse una mayor seguridad en toda clase de suertes.



Ponciano Díaz y Salinas en 1889



Agustín Oropeza, compañero de Ponciano, en el «Jaripeo» y después gran picador de toros

T O R E O M E J I C A N O

Ponciano Díaz, Agustín Oropeza y Celso González

Fueron los primeros embajadores que envió Méjico a España para dar a conocer el «Jaripeo»

La celebración del último espectáculo en la monumental Plaza madrileña, una función modestísima en la que intervinieron los charros mejicanos hermanos Zamudio, nos trae a la memoria la presentación, en la últimamente derribada, de Ponciano Díaz y Salinas, primer embajador que nos envió Méjico con el «Jaripeo», nombre genérico con el que se conocen, y en él están comprendidas, todas las suertes del toreo a la usanza de los primeros lidiadores de la república azteca.

Ocurrió el suceso, y le recordamos perfectamente, a pesar de ser entonces muy niños, el 28 de julio de 1889, corrida en la que actuaron los matadores Antonio Ortega («Marinero») y Enrique Santos («Tortero»), lidiándose seis toros de distintas ganaderías que no es menester citar.

Como esta otra de hogaño con la intervención de los citados hermanos Zamudio, tuvo aquella otra también un carácter modesto, pues se organizó con el propósito de que Ponciano, con sus compatriotas Oropeza y González, dieran a conocer, por primera vez en España, las suertes peculiares del toreo mejicano.

Existió la creencia de que Ponciano Díaz no se presentó en Madrid hasta el 17 de octubre del expresado año como matador de toros, en unión nada menos que de «Guerrita» y de «Frascuelo», concediéndole éste en tal fecha la alternativa.

Si éste fué el objetivo principal de Ponciano —acaecimiento del que con alguna extensión nos hemos de ocupar en otra oportunidad—, es lo cierto que el célebre diestro, en el Estado de Ateneo nacido, se presentó en la Madre Patria ofreciendo a los aficionados españoles la novedad del toreo a la usanza de su país.

Conocidos los propósitos del más tarde primer matador de toros que Méjico nos envió, la expectación que Ponciano con sus compañeros despertó antes de que se presentasen en el entonces novísimo circo madrileño, fué una cosa inusitada.

Mas antes de entrar de lleno en el resultado artístico de la presentación de los charros mejicanos, eje del presente reportaje, aprovecharemos la oportunidad que éste nos brinda para dar a conocer a nuestros lectores las principales suertes que comprende el «Jaripeo», y que pueden practicarse en el interior de las Plazas, pues existen otras que sólo en campo abierto pueden realizarse con mayor desenvoltura.

Ni ahora los hermanos Zamudio, ni antes los también hermanos Becerril, que ya en nuestra vieja Plaza, no hace muchos años, hicieron una exhibición del «Jaripeo», presentaron a éste en toda su extensión.

Vamos, concisamente, a explicar las más principales suertes:
LAZAR.—Es el acto de aprisionar al toro por la cabeza arrojándole una cuerda. Debe calcularse con mucha exactitud la distancia de la res al caballo para asegurarla por la testa y por bajo de las astas. Enlazado así el cornúpeto, síguese la carrera, adelantándose el diestro.

Al lazo se le llama *cintero*, y en otros puntos, *guindaleta*.

MANGANEO.—Se llama así al acto de arrojar la *mangana* —denominada también de esta manera la cuerda de lazar—, precisamente a las dos manos del toro, quedando sujeto sin poder dar un paso.

PEALEO.—Es arrojar la cuerda a las patas del bovino, sujetándole de tal guisa. Arrójase el *peal* de la misma manera que la *mangana*.

MONTAR.—Enlazado el toro por las astas, por *manganeo* o *pealeo*, pásanle una cuerda alrededor



Agustín Oropeza y Celso González en la suerte de lazar (Dibujo de Daniel Perea, tomado del natural y publicado en «La Lidia»)



También el lápiz de Perea captó este interesante momento de Celso González en la tarde de su presentación en la Plaza madrileña

del cuerpo por la parte delantera del vientre, cerca de los brazuelos, y saltando e hombre encima de la res, sírvele la cuerda de petral para afirmarse montando en la cruz de la res, no más atrás, dejándose llevar a voluntad de ella. La suerte es muy vistosa porque pone de manifiesto la habilidad del jinete.

COLEAR.—Esta suerte la practican los mejicanos con reses huidas a las que persiguen montados en caballo hasta casi emparejarse con ellas. Y entonces, echando mano a la cola del astado, lo más cerca posible de su nacimiento, agárranla y tiran fuertemente, derribándola con facilidad, si el anca va levantada, que si no, suelen rodear la cola al muslo para mejor asegurarla. Atravesándose rápidamente, cambian de dirección y consiguen el objeto.

BANDERILLAS A CABALLO.—La más difícil de las suertes que pueda ejecutar un jinete. Llévase a efecto del mismo modo que la de rejonear, haciendo girar al semoviente en torno del toro y llevando el diestro una banderilla en cada mano, y además, en la izquierda, las bridas sujetas con los tres últimos dedos, para que, al llegar a jurisdicción en el cuarteo o media vuelta, puedan soltarse, dejando al caballo completamente libre, que en aquel momento obedece únicamente al impulso del cuerpo y piernas del jinete, clavándose las banderillas.

Estas son, someramente explicadas, las principales suertes que constituyen el «Jaripeo».

Volviendo a la presentación de Ponciano, Oropeza y González, éstos obtuvieron un ruidoso éxito.

Un crítico de tanta autoridad como «Don Cándido» publicó en la prestigiosa revista «La Lidia» los siguientes párrafos: «Ningún toro reunió condiciones para la suerte de banderillas a caballo, no obstante lo cual Ponciano acometió la

empresa con el quinto, presentándose en Plaza con un precioso caballo castaño, calzado, de poco cuerpo y mucha sangre. Y no se sabe qué admirar más, si la obediencia del bruto o la pasmosa agilidad del jinete. Tres pares vistosísimos clavó Díaz, entrando a la media vuelta casi siempre por el hilo de las tablas y midiendo admirablemente los terrenos.

El público le tributó una gran ovación, y la conseguirá siempre que ejecute tan lucida faena, por la seguridad y elegancia con que selló hasta los menores detalles.

Los tres diestros dieron pruebas de jinetes consumados, coleando, lazando y jineteando sus tres bichos. Vaya desde aquí para los tres nuestro modestísimo aplauso.»

El empresario madrileño señor Romero Flores volvió a presentar a los charros, quienes confirmaron su anterior éxito, actuaron en otras Plazas provincianas, y alternativos como matador de toros y picadores Ponciano Díaz, Agustín Oropeza y Celso González, el «Jaripeo» hizo mutis por el foro taurino, dejando un gratísimo recuerdo entre los aficionados de aquella época y abierto el paréntesis para la actuación de los posteriores charros mejicanos que hemos conocido, entre éstos, los que ahora acaban de echar el cerrojazo a las puertas del monumental inmueble taurínico de la excelentísima Diputación Provincial.

DON JUSTO



Ponciano Díaz colocando banderillas a caballo en pelo (Desconocida entonces la fotografía instantánea en los toros, Daniel Perea, en «La Lidia», publicó este curioso dibujo)

La pequeña historia de los banderilleros que fueron

JOSE MANFREDI, nieto e hijo de toreros, comenzó al lado de "Joselito"

Cuando el maestro ganaba catorce reales y ocho sus peones

ESTAMOS hoy ante una persona metida en ese mundo complicado y fantástico que es el toreo. Pepe Manfredi, hasta hace poco discreto banderillero y hoy apoderado, es y será siempre un gran tipo al estilo andaluz, jaranero y jovial, con una cultura disimulada bajo la capa anecdótica, con un vasto saber de toros, que hace que una charla con él sea amable ocasión, fácil interviú, en la que el curioso se lo encuentra todo hecho, porque las respuestas de Manfredi surgen fluidas.

No hay bar ni coimado de las calles de Sevilla, Peligros y sus atedanos en los que Manfredi no tenga en todo momento reservada una mesa. Junto a ellas fuma, bebe, charla y... gana el pan de cada día.

Cuando nos hemos sentado y él pide media botella de manzanilla, el camarero le reprende e intenta convencerle de que un café con leche le conviene más. Ya sabe que le conviene más, pero le gusta menos. Y acaban por traerle lo que pidió.

Con los primeros sorbos de vino comenzamos la charla...

José Román Manfredi es nieto e hijo de toreros. Su abuelo materno practicó el toreo durante cuatro años. Durante muchos fue empresario de caballos de las Plazas de Sevilla, Cádiz, Málaga y Jerez. El padre, durante varias temporadas, estuvo colocado como picador con Fernando "el Gallo", acabando en la cuadrilla de Antonio Fuentes. Hoy, con sus noventa y dos años bien llevados, es el decano de los toreros españoles. Antonio, hermano de Pepe, antes de su actual profesión de sastre de toreros anduvo de rehiletero en una cuadrilla juvenil.

—Y usted, ¿a qué edad se puso delante de un toro?

—A los nueve años... Mi debut fué en Heriva, en calidad de sobresaliente de una agrupación más infantil que juvenil, de la que eran espadas José Puertas ("Pepete") y Manuel Varé ("Varelito"). Al año siguiente

—1902— fuimos a Valencia, y como yo hacía el cambio de rodillas, cambiaba con las cortas, bullía en el suelo como el que más, al público le caía en gracia, y me sacaron en hombros por la puerta grande.

—¿Y luego?

—A los doce años me independicé, formé la enésima cuadrilla juvenil sevillana con Pepe Masedo. Debutamos en Ecija con toros de Valladares. Corté oreja, y a mi compañero le echaron un toro al corral. Fuimos a Arzuaga, y lo mismo Aburrado mi compadre, se volvió a Sevilla, dejándome con un contrato apalabrado con la Empresa de Jerez. Allí toreé mi primera novillada con "Abafto" y Curro Posada; el ganado fué de Campos Varela.

Pasamos al tema favorito de Manfredi. Sus relaciones con "Joselito".

—Nuestras familias sostenían añeja relación, aumentada por ser vecinos de la misma calle. Ambos empezamos a acudir, primero, al colegio de párvulos de la calle de la Feria, y más tarde, al de San Luis Gonzaga, clases simultaneadas con la academia taurina al aire libre de la Alameda de Hércules. Esto explica que cuando el señor Martínez, "el Guindilla", organizó la cuadrilla sevillana a base de José y "Limeño", aquél me impusiera como banderillero.

—¿Dónde iniciaron su "trabajo"?

—En Jerez, actuando esta vez también de matador mi antiguo compañero "Pepete". Y como dato para la historia, recuerdo que José dejó un toro vivo en los corrales. En cambio, lo que son las cosas, "Limeño" estuvo adornado y valiente. Los matadores ganaban catorce reales por corrida y ocho los peones.

El resto de los ingresos quedaba en los bolsillos del avispado Martínez. En Málaga, el gobernador, Cirié, quiso suspender la corrida al vernos tan "esmirriados" y "poquita cosa". Gracias a la mediación de unos amigos de Rafael, nos dejó torear. Luego fuimos a Portugal, toreamos tres corridas, afianzándose la sabiduría de José, hasta el punto de que el medroso torero, que había empezado en Jerez, volvió a Sevilla sabiendo cuanto podía saber en el toreo.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted al lado de "Gallito"?

—Cuatro temporadas, a las que puso final un disgustillo lonto, agravado por el terco orgullo de los dos. Al marcharme, entró a sustituirme "Magritas". No por ello dejamos por completo de relacionarnos, utilizando a amigos comunes. Un día no pude más; fui a su domicilio de la calle Arrieta dispuesto a hacer las paces. Subí las escaleras, no muy seguro de una feliz acogida. Rodeaban a José



varios antiguos, entre los que creo recordar estaban "Don Pío" y Menchero, "el Alfombrista". Al verme, sin saber qué decir, irresoluto en el quicio de la puerta, José, sin hacer caso de la charla, se vino a mí con los brazos abiertos. Y nos fundimos en un abrazo, llorando como cuando éramos chavales de la calle de la Feria.

—¿Qué otros maestros ha tenido usted?

—Fuí tres años con "Mae-ra"; otros tantos, con Rafael

Banderillando a un toro de Villagodio, que nació en Valencia II, y pesó 330 kilos



Manfredi (Dibujo de E. Segura)

"el Gallo"; dos temporadas con "Chicuelo", y no menor tiempo con "Cagancho", "Nacional II" y Marcial Lalanda. Hasta nuestra guerra, raro fué el espada con el que no toreé un determinado número de corridas. Después de 1939 he intervenido en varios festivales benéficos de mayor o menor cuantía.

Vuelve Manfredi a rememorar las más felices escenas de su vida taurina. Cuando José o Rafael exigían la mayor de las disciplinas que cuadrilla alguna tuviera: ocupar puesto en la mesa junto al matador por riguroso orden de antigüedad; recogerse al hotel antes de las once de la noche; juntarse en las ferias con diez y once banderilleros contratados por generoso impulso de los hermanos. Y siempre dando campo a todos y, más que a nadie, a cuantos apretaban fuerte. A un torero, ya fallecido, que propaló que José le quitaba de los carteles del abono madrileño, impuso su inclusión en la primera corrida. Al encontrarse frente a frente en el patio de cuadrillas, "Joselito", mirándolo de soslayo, bramando ira, le dijo: "¡Ya tiene usted abierto el portalón y al toro esperando a los dos. Aquí no valen mentiras, sino demostrar que vale usted más que yo..."

Otro día, en Málaga, Rafael tuvo en su primero un éxito completo. Al ir a ocupar su puesto, Belmonte preguntó perplejo a "Joselito": "Ahora, ¿qué vamos a hacer nosotros?" Y "Gallito" le respondió rápido: "Lo que tú hagas no lo sé. Yo... borrar a mi hermano."

Y Manfredi se quedó callado, con la vista fija en la nada, como si evocase al maestro de maestros.

F. MENDO

Manfredi en el año 1913



NOVILLADAS Y FESTIVALES

—En Cádiz se celebró el domingo un festival para inaugurar la Escuela taurina gaditana. Se lidiaron cinco reses de Salvador Sánchez por los alumnos José Ruiz («Manteca»), Mariano Casas, Ricardo Villodres, Manuel Brihuegas y José Utrera. Todos ellos mostraron buenas disposiciones para el oficio. Destacaron Ruiz y Villodres. Este último cortó oreja y salió en hombros.

—En Alcorer se celebró otro festival, éste de carácter benéfico, ya que se trataba de allegar fondos para el hospital de la localidad. Actuaron «Parrilla», Paco Muñoz y Antonio Caro. Todos ellos estuvieron muy bien. Los tres cortaron orejas. El ganado era de don Félix Gómez.

—En Ronda, con lleno rebosante, se celebró un festival a beneficio de los pueblos de Montejaque y Benaolán. Toros de Conradi. El duque de Pinhermoso rejoneó gallardamente. El toro lo remató Domingo Ortega: (Muchos aplausos.) Domingo Ortega toreó con gracia, despachando de dos pinchazos y una media. (Aplausos.) «Andaluz», valentísimo y muy torero. (Muchos aplausos.) «Vito», bien con la capa. Cinco pares de banderillas colosales. Mató de tres pinchazos, media y descabello. (Aplausos.)

—En Lorea se celebró un festival a beneficio del Hospital de Beneficencia. Seis novillos de doña María Paz de Arroyo.

«Cagancho» (padre), en el primero, se lució con la capa y con la muleta. Mató de cuatro pinchazos y media estocada. (Palmas.)

«Gitanillo de Triana» toreó bien con el capote y con la muleta, matando de tres pinchazos y una estocada entera. (Palmas.)

Albaicín realizó una faena enorme. Mató de una estocada y descabelló al segundo golpe. (Dos orejas y rabo.)

«Niño del Barrio» realizó una lucida labor con el trapo rojo, terminando de una estocada. (Ovación.)

«Cagancho» (hijo) también estuvo acertado al torear, matando de un pinchazo hondo. (Palmas.)

Luis Rivas estuvo breve, matando de una estocada y descabello al segundo golpe.

TOREROS A AMERICA

Se anuncia que Antonio Caro embarcará el próximo mes para Venezuela, en compañía de su hermano Juan.

—También Jaime Mareo («el Choni») tomará

Por España, Portugal y América

En Lima se celebró la segunda corrida de la temporada. — Fernando de los Reyes ganó en Méjico «la oreja de plata». — Homenaje a Manolo dos Santos en Oporto. — Antonio Caro y «Choni», a Venezuela



en breve ese mismo camino. Pero el valenciano hará el viaje por el aire. Actuará en Caracas y en otras Plazas suramericanas.

—El espada venezolano Alí Gómez salió en avión para su tierra natal.

AGASAJOS

El próximo domingo se celebrarán en Valencia diversos actos en homenaje de «Litri».

—El miércoles pasado se celebró un agasajo en honor de Julio Aparicio, organizado por la Peña Taurina de su nombre.

—En Oporto se dispensó al torero portugués Manolo dos Santos un cordial recibimiento. La

Asociación Tauromáquica de la ciudad dispuso un programa de festejos en honor del espada lusitano, que además fué obsequiado con un banquete.

SALUDO DE VINCENT CHARLES

Al abandonar España, a donde volverá en enero próximo, el torero inglés Vincent Charles ha dirigido un saludo a nuestra revista y, por medio de ella, a la afición española.

CONFERENCIAS

En el Salón de Actos del Centro de Instrucción Comercial se inauguró el pasado sábado el ciclo de conferencias organizado por el Club Taurino, Madrileño. El acto estuvo a cargo de la Peña Taurina de Tetuán de las Victorias.

Su secretario, el señor Sanz, entretuvo a la concurrencia con muy acertados juicios sobre la Fiesta. «Curro Meloja», cronista de Radio Madrid, intervino también.

—La conferencia del Club Taurino del próximo sábado en el local del Centro de Instrucción Comercial correrá a cargo de don Luis Bollain, autor del libro «Los dos solos», brillantemente prologado por «K-Hito», y el tema será «El toreo de perfil».

LA TEMPORADA EN AMERICA

La segunda corrida de la temporada de Lima resultó de gran éxito artístico. Se corrieron cin-



Antonio García Ramos, competente escritor onubense, que ha dedicado a la Fiesta de toros libros y artículos y que ha sido nombrado redactor taurino de Radio Nacional de España

La Peña «Manoleta», con su directiva, depositó una corona ante la tumba del diestro el día de los Fieles Difuntos (Foto Santos)



Don Vicente Sanz, secretario de la Peña Taurina de Tetuán, en la conferencia celebrada en el Club Taurino Madrileño (Foto Baldomero)

co reses de Guardiola y una de Clairac. El cartel lo formaban Pepe Luis Vázquez, Luis Miguel Dominguín y «Rovira». Pepe Luis estuvo muy torero y artista en su primero. Por no haber tenido suerte a la hora de matar, perdió la oreja. En el otro toro estuvo, asimismo, muy bien. Remató su faena de muleta con una estocada certera y ganó, entre ovaciones, la oreja de su enemigo. Luis Miguel tuvo también una gran tarde. A su primero le cortó las dos orejas. En su segundo fué ovacionado. «Rovira» también ganó trofeos en su primer toro. En su segundo hubiera redondeado el éxito de no ocurrir un lamentable incidente, que causó muy mala impresión entre el público. Cuando Luis Miguel intentaba quitarle el toro —creyendo a «Rovira» en peligro—, éste le abofeteó. Luis Miguel se contuvo y el incidente no pasó de ahí. El público aplaudió el gesto de Luis Miguel y le tributó al final un cariñoso homenaje, mientras guardó silencio al final de la faena de «Rovira». Se comenta mucho entre los aficionados las consecuencias que pueda tener este incidente para el futuro curso de la temporada en Lima.

—En la Plaza de Méjico se celebró el día 7 la novillada de la Oreja de Plata. Actuaron Juárez, Bolaños, Reyna, Fernando de los Reyes, Silveti y Eduardo Vargas. Todos ellos, menos el último, estuvieron bien. De los Reyes cortó las dos orejas. Juárez hubo de pasar a la enfermería, herido en un muslo, después de matar a su enemigo. La Oreja de Plata ha sido concedida a Fernando de los Reyes.

ACLARACION

Por error, al pie de dos de las fotografías publicadas en nuestro número 279, correspondiente al jueves, 27 de octubre, y relativas a la corrida a la usanza portuguesa celebrada en Lisboa en honor del Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, se definían de diferente forma a como son en realidad dos de las suertes más características de las «torradas» en el país hermano. Una de ellas es una «pega de frente», en la que el ayuda llegó a su debido tiempo para evitar que el pegador fuera zarrandeado y públicamente desprendido de la cabeza del toro, y, por tanto, una magnífica «pega». La otra es una «pega de servelha», en la que Carlos Moreira, el banderillero, llama al toro para que el público vea que la res fué muy bien dominada por el «sernelheiro» y «o rabcheiro».

Unos excelentes aficionados portugueses nos hacen la advertencia, que con gusto recogemos.

Madrid → Londres →



todo el mundo

por las Líneas Aéreas Británicas

CONFIANZA: inspirar confianza es la característica predominante de las Líneas Aéreas Británicas. BEA, y BOAC, que han heredado la larga tradición inglesa de precursores en las rutas aéreas, por su destreza en la navegación así como en sus insuperables marcas de ingeniería aérea y normas de mantenimiento de los aviones, le hacen viajar a Vd., además, en un ambiente de comodidad y cortesía inigualables.

Líneas Aéreas Británicas



Reserve su billete en las principales Agencias de Viajes (sin depósito) o en las oficinas de las Líneas Aéreas Británicas, Avenida de José Antonio, 68, Madrid. Teléfono: 21.10.60

EL ARTE y los TOROS

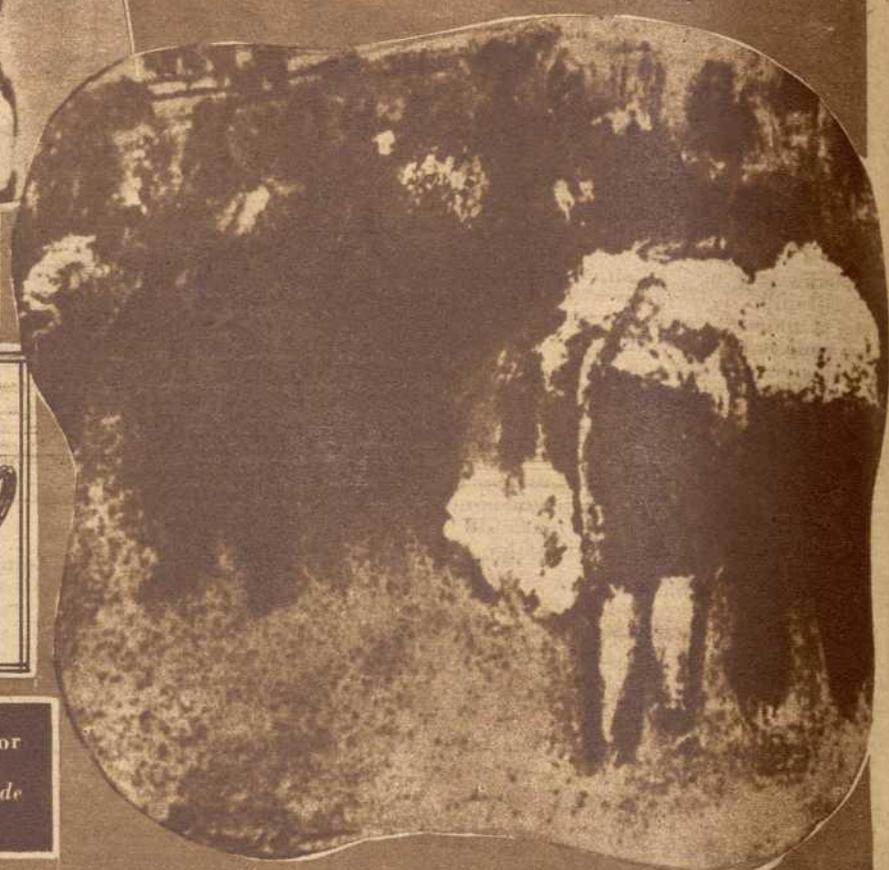
le imperar y regir toda obra de arte. Ya instalado definitivamente en París, Picasso, al comas de ciertas influencias de ambiente, se decide por el cubismo, que, a nuestro juicio, había de maturar la obra sana y espiritualista del pintor.

Reformemos, no deformemos, como dijo Víctor Hugo. Es sensible que algunos espíritus selectos, afines con el Arte, hayan derivado hacia absurdos derroteros; porque tener capacidad para una pasión y no realizarla es limitarse a sí mismo y tornarse incompleto. Cuando Pablo Ruiz Picasso llega por segunda vez a París, donde por fin se instala, sede de todas las revoluciones de la idea y del pensamiento, empieza a ponerse de moda la nueva corriente futurista. En las buhardillas y en los estudios del viejo Montmartre, primero, y en los de Montparnasse después, un género simbolista de líneas y colores, de disparatados conjuntos



«Picador», pastel de Picasso (año 1901)

LOS TOROS Y EL VANGUARDISMO PICTORICO de PICASSO



«Toreros», pastel del pintor malagueño (año 1901) (Del archivo fotográfico de Adriano del Valle)

EN esta sucesión de nombres y de escuelas, de técnicas y procedimientos, que como una cadena evolutiva —tal vez sin un orden conológico— van marcando las diferentes características y modalidades de la pintura española; en este ir y venir de los clásicos a los románticos, y de los románticos a los impresionistas, y de éstos al futurismo, tócale hoy su turno a Pablo Ruiz Picasso, el tan justamente discutido pintor, cuya tendencia modernista tanto ha dado que hablar dentro y fuera de España.

Cuando Pablo Ruiz Picasso nace en la bella y suave ciudad de Málaga, el año 1881, el arte español, la pintura española, no ha podido desprenderse todavía de aquel influjo posromántico que acusa el perfil impecable de la línea. Quizá esta atmósfera agobiadora fatiga un tanto la mirada del presunto pintor, y es entonces, tal vez, cuando empieza a operarse en su ánimo el ansia renovadora y revolucionaria que cuajará en sus primeras excentricidades pictóricas. Estudia primeramente en Barcelona y en la Escuela de Bellas Artes, y corre el año 1900 —tiene a la sazón diecinueve años— cuando realiza su primera Exposición. En ella ya se advierten ciertos signos distintivos que han de definir su orientación. Copia más tarde en el Museo del Prado, y a la vista de las obras maestras debió nacer su tendencia antiética, contraria al colorido y a la estética que señaló la pauta de muchos siglos de gloriosa pintura. Su primera Exposición en París, juntamente con Utrillo, levantará el primer huracán comentarista en el público y en la crítica. Es aquél el momento en el que en Francia empezarán a manifestarse las primeras alocadas piruetas de vanguardia. Es indudable que fué preciso que una gran conmoción como la Gran Guerra sacudiera más tarde a Europa para que el arte, encasillado en viejos moldes, se decidiera a alterar las raíces esenciales de la pintura. La evolución, en este caso, no estaba en los hombres, sino en el ambiente. Unos cuantos futuristas, a la cabeza de los cuales se encontraba Picasso, lanzaron poco antes su Manifiesto pictórico-revolucionario; pero el mundo apenas les hizo caso, porque la mayor parte de ellos, estafadores del arte, buscaron con se disparatada manera de concebir y de crear un ambiente de es-

cándalo que fuera la mejor propaganda para la endebles indiscutible de sus firmas. De todo aquel río revoltoso apenas se salvaron, con Picasso, dos o tres pintores, los necesarios para marcar un hito en la historia, nunca terminada, de las revoluciones. Cuando el año 1918 acabó la primera Gran Guerra europea, la simiente había caído ya en el suelo, y los primeros tallos se iniciaban, rompiendo la tierra donde cuajan y fertilizan las ideas del Arte. Todo predispone a ciertas innovaciones, a señalar, equivocadamente o no nuevas escuelas, y Picasso, como mariscal de un ejército volante de "snobistas", trata de atraer hacia sí la atención de las gentes. En parte lo consigue, y, ya en Barcelona, entra con las pinturas al fresco en una nueva época, que cristaliza en su fase azul: es ese momento en que señala su tendencia impresionista, de la que se ha de alejar para acercarse a esa pintura absoluta, enfermiza y demélicadora del espíritu sano que de-

pictóricos, empieza a producir su corriente renovadora. Decir que Picasso es un soplo, un viento pasajero de esta renovación del arte, sería tanto como negar sus cualidades y condiciones artísticas, restarle un impulso vigorizador a su obra. Implicaría tanto como oponerse a la verdad innegable e incontrovertible de un espíritu tenso a las más hondas emociones plásticas. A Picasso se le ha discutido mucho por sistema, sin querer ahondar en la verdad de su psicológica pintura, tal vez demasiado avanzada y futurista, aunque no estemos en todo de acuerdo con Lehel, que calificó su arte de patológico y alucinante. Hay que distinguir su proceso gestáltico, su evolución, y estudiar a fondo esos períodos que, como dijo Gustavo Cequiol, van marcando su trayectoria. Picasso, con ser, artística y patológicamente, igual en su período azul, rojo y negro, es distinto, según la forma que se le mire. Vista su obra, no es el mismo Picasso el de su bello "Ariequin"



que el de "Hombre y mujer", "La bailarina" y "Pierrot". Estúdiense "Moulin Rouge", "Le roi soleil", "Las carreteras", "Morfínomana" y "La madre", y se verá como en el fondo de ellas el pintor auténtico que lleva dentro sobresale y destaca, aunque nosotros creamos, con Ortega Gasset, que todo lo que sea restar la suprema verdad y belleza a la pintura sea una deshumanización del Arte; que apartarse de lo formal u objetivo es caer en las mallas de cierto freudianismo que adullera, prostituye, malogra y debilita el supremo destino de todas las expansiones del espíritu.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«El ruedo», pastel de Picasso, perteneciente a la colección Barbey, pintado en 1901



Alberto Vera
(«Areva»)

458. M. E. de la F. — La Coruña. — Desconocemos los datos que nos pide referentes al rejoneador que cita en su carta; pero le prometemos averiguarlos, y entonces dejaremos satisfecha su curiosidad.

Con fecha 28 de mayo de 1915, que fué viernes, no se celebró corrida ni novillada alguna en la Plaza de Toros de Valencia; de manera es que no podemos decirle a qué espectáculo corresponde esa entrada que ha llegado a sus manos, y que, según usted, lleva impresa tal fecha.

Los datos más extensos y completos sobre el toro de lidia puede encontrarlos usted en las obras siguientes: «El toro de lidia», por Joaquín Bellsolá («Relance»), que se publicó en el año 1912; «Los Toros» (tomo I), por José María de Cossío, que apareció en 1943, y «Ganadería brava», por Alberto Vera («Areva»), publicado en 1945.

459. E. F. M. — Barcelona. — La Orden del Ministerio de la Gobernación de fecha 21 de febrero último, por la que se varía el régimen de multas a imponer por falta de peso de las reses en las corridas de toros, dice así en la parte dispositiva referente a la rectificación del artículo 28 del vigente Reglamento:

«Cuando alguna res no alcance el peso mínimo reglamentario según la categoría de cada Plaza, con una tolerancia de tres kilogramos, será multado el ganadero con la suma de los términos de una progresión aritmética cuya razón y primer término sean de 100 pesetas, y cuyo número de términos sea el de kilogramos que falten del peso reglamentario, menos tres, con el límite de trece kilogramos.»

He aquí, pues, en lo transcrito los «límites» y la «razón» que desea conocer, con lo que huelga toda aclaración, máxime tratándose de usted, pues siendo profesor de Ciencias, no necesita exégesis alguna para interpretar debidamente el mencionado precepto oficial.

460. S. T. V. — Madrid. — Nada tenemos que perdonarle; en todo caso, agradecerle su curiosidad, porque merced a ella, y en nuestro deseo de complacerle, hemos podido averiguar, tras laboriosas búsquedas, los datos de algunas Plazas de Toros

que no aparecen en las obras consultadas por usted, y así, con nuestras respuestas números 214, 216, 342 y la presente (que suponemos no será la última sobre esta materia), puede ampliar las noticias que deseaba

adquirir al dirigimos su primera carta.

Sepa usted, pues, que la Plaza de Antequera (Málaga) se estrenó el 20 de agosto de 1848, con Juan Pastor («el Barbero»), y José Redondo («el Chiclanero»), y toros de Lesaca.

La de Linares (Jaén), el 7 de junio de 1867, con los hermanos Manuel Carmona («el Panadero») y Antonio Carmona («el Gordito») y toros de Miura.

La de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca) el 4 de septiembre de 1907, con una novillada en la que actuaron Fermín Muñoz, («Corchaito»), y José Carmona, («Gordito»), hijo, lidiándose reses de don Teodoro Valle.

Y la de Monóvar (Alicante), el 15 de agosto de 1912, también con una novillada, en la que Eusebio Fuentes, («Gardito») y Gaspar Esquerdo despacharon seis astados de don Sabino Flores.



Fermín Muñoz
(«Corchaito»)

461. J. M. S. Pradoluengo (Burgos). — Ante todo, manifestamos a usted que este CONSULTORIO es completamente gratuito, y, por lo tanto, on tiene que abonar cantidad alguna por las preguntas que nos haga. Pero con la respuesta de la primera que nos ha dirigido va a quedar usted completamente chasqueado, pues no sabemos de dónde son Manuel Alvarez («Manoliyo»), y Pablo Bautista, ni tenemos noticias de su existencia hasta recibir su carta, de donde sacará usted como consecuencia que jamás han toreado en Madrid. Probablemente se trata de dos torerillos trashumantes de quienes todavía no ha recogido sus nombres la vetusta jamona doña Chó de Apolo. Tenemos noticias de un «Manolillo» (llamado Manuel, Serrano), que se presentó en Madrid como novillero el 24 de agosto de 1941 y era de Madrilejos; ninguno de los muchos «Manolos», «Manoletes» y «Manolés» se llamaron Ma-

nuel Alvarez, nombre y apellido que han llevado varios diestros (picadores, banderilleros, novilleros y matadores de toros), y en cuanto al Bautista, sólo sabemos que se apellidaron así tres toreros del siglo XVII y uno del XVIII.

462. I. M. — Cartaya (Huelva). — En la corrida celebrada en Sevilla el 18 de julio de 1943, y en la que sufrió una gravísima cogida el espada Manuel Calderón, alternaron con éste Paco Casado y Domingo González Lucas («Dominguín»). El percance de dicho Calderón consistió en una cornada en la región torácica derecha, con fractura de la sexta costilla y herida en la pleura, y el toro causante, de la ganadería de don Isaías y don Tulio Vázquez, se llamaba «Gamito», era negro y ostentaba el número 21.

La expresada ganadería empezaron a formar dichos señores con reses procedentes de Murube, y la aumentaron en el año 1939 con vacas de García Pedrajas y sementales de Gamero Cívico, de la línea Ibarra-Parladé. Ya sabe usted que el referido Calderón decidió retirarse del toreo después de recibir tan gravísima cornada.



Domingo «Dominguín»

463. F. G. de H. — Vitoria. — No existe la suerte de banderillas «al trapeo», pues esto no pasa de ser una denominación convencional que se aplica a la manera de llegar al toro con los palos cogidos en forma que, juntos los dos horizontalmente, simulan con los brazos del diestro una figura trapezoidal, que se deshace poco antes de llegar aquél a la jurisdicción del toro para clavar los rehiletes en la corriente suerte del «cuarteo». Se trata, pues, de una modalidad de preparación y no de ejecución, cuyo adorno fué puesto en uso por Rafael «el Gallo». Es cierta la apues-

a que con este tie stro, retirado ya hizo el difunto y famoso empresario don Eduardo Pagés referente a dicha preparación, para clavar un par de banderillas en cierto festival; pero tal pacto de disputa fué puramente humorístico.



Joselito «el Gallo»

Se denomina «de poder a poder» la colocación de un par de banderillas, cuando el encuentro del diestro y el toro se produce de un modo brusco y violento en el punto central de los primitivos terrenos de arranque de uno y otro, cuya violencia se deriva del ímpetu desarrollado por el torero y la res al ir a reunirse en el mencionado lugar; pero avanzando aquél de frente, sin curvas ni rodeos que mixtifique la ejecución, con cuyo bastardo procedimiento se practica en la actualidad. Cuando el apartamiento de la línea recta es tan ostensible que la que se traza parece descrita por el caballo de un rejoneador, pierde su mérito principal dicha suerte, en la que Joselito «el Gallo» fué notabilísimo y «Guerrita» una eminencia.

464. R. F. — Valencia. — Al diestro mejicano Antonio Toscano de la Torre le concedió la alternativa Domingo Ortega, en la Plaza Monumental de Barcelona, con fecha 7 de abril de 1946, actuando como segundo espada Luis Miguel Dominguín y lidiándose en tal corrida cinco toros de don Atanasio Fernández y uno de don Julio Garrido. Y el 9 de junio siguiente la confirmó en Madrid de manos de Pepe Bienvenida, con «El Choni» de segundo matador y ganado de Sánchez Cobaleda. En dicha temporada toreó nueve corridas, las dos mencionadas y las siguientes: 21 de abril, Pamplona; 23 de junio, Zaragoza; 28 de julio, Barcelona; 4 de agosto, Bayona, y 21, 22 y 29 de septiembre, en Salamanca, Madrid y Nimes, respectivamente.

Durante el año 1947, solamente toreó una corrida en España, la de Sevilla, el 5 de junio, con gran éxito por cierto.

De sus andanzas en las Plazas de Méjico no tenemos informes completos. No ha toreado mucho en ellas; pero seguramente serán algunas más de las que le tenemos anotadas, que son las siguientes: en 1946, el 22 de diciembre, en la capital; en 1947, el 23 de marzo y el 8 de diciembre, en la misma metrópoli, y el 28 de este último mes, en Orizaba, y en 1948, el 4 de enero, en Aguascalientes; el 6 y el 25 del mismo mes, en la capital; el 3 de febrero, en Salvatierra; el 20 de noviembre, en Orizaba, donde sufrió una cogida de alguna consideración, y el 26 de diciembre, en Tampico.



Antonio Toscano



Una cara en un columpio

En la estación de Venta de Baños pararon a comer en cierta ocasión unas cuadrillas de toreros que iban de viaje, a una de las cuales pertenecía el gracioso banderillero sevillano Manuel Aranda («Arandita»).

Tocó en su turno el servicio a un pobre camarero, que sufría un horroroso dolor de muelas y llevaba un pañuelo negro abarcándole la barba y anudado en lo alto de la cabeza. Esto, unido a un flemón, impedían al cuitado hablar claramente, y cuando lo intentaba, sólo producía verdaderos gruñidos.

Y como a cada momento le hiciera «Arandita» preguntas, sin entender las respuestas, acabó dicho diestro por levantarse malhumorado y fué a colocarse al otro extremo de la mesa.

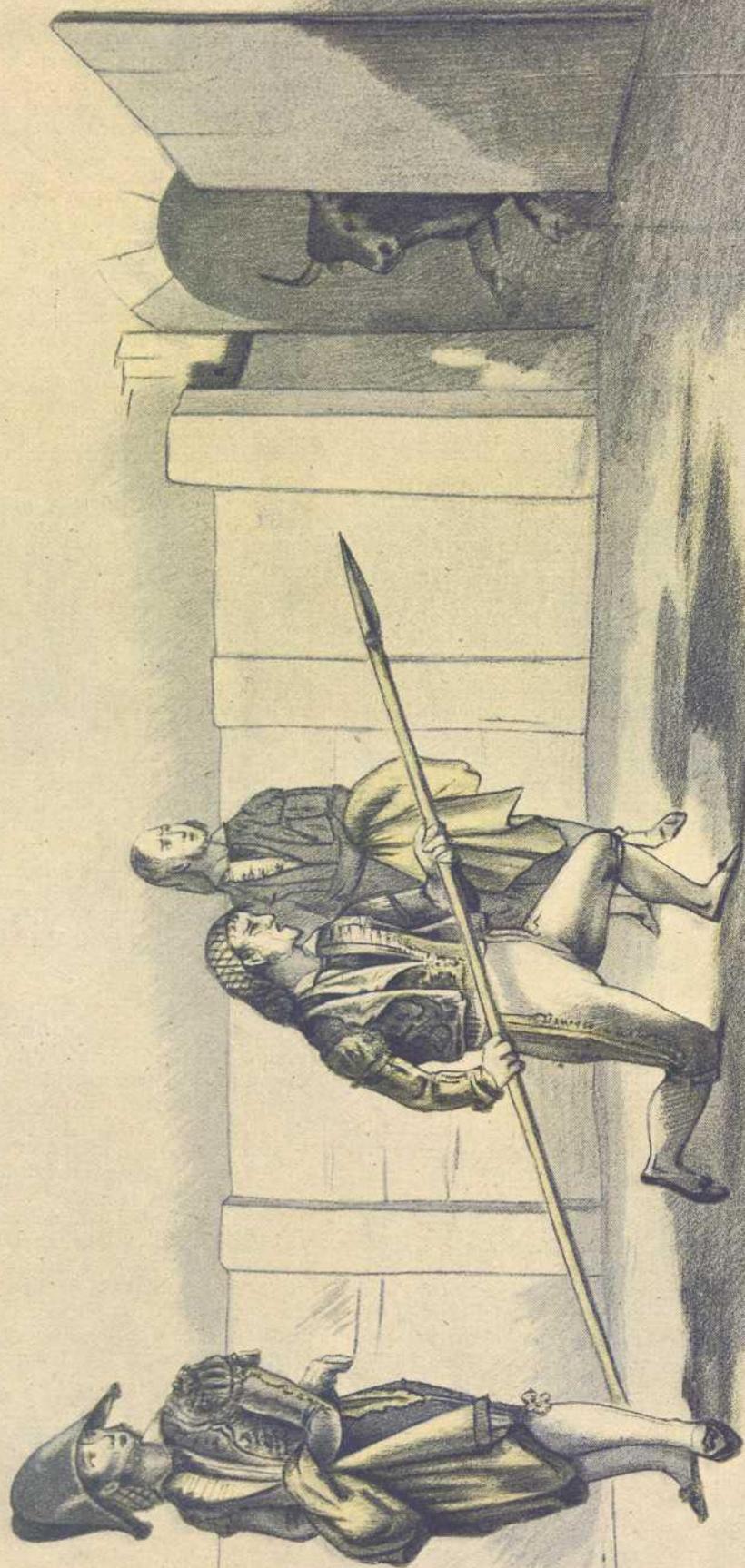
—¿Qué te pasa, niño?—preguntóle el matador.

—¿Que qué me pasa? Que ese tío tiene la cara metida en un columpio y no lo entiende ni su pare.



A. Carmona («el Gordito»)

«Tauromaquia», por Van-Halen, de la colección particular del señor Alcázar de Velasco



Van Halen

Van Halen la Goye lithogr.

FUNCIÓN DE TOROS

Llamada de á pie

L. de J. Aragón